

Martha Hilda Velandia González

CÁRCEL



VS



LIBERTAD



Narrativa



Cárcel Vs Libertad

Martha Hilda Velandia González

Martha Hilda Velandia González

Cárcel Vs Libertad

Narrativa



ePub v 1.0
octubre 2021

Cárcel Vs Libertad

Martha Hilda Velandia González © 2021

Fb: Martha Hilda Velandia Gonzalez

Portada: Wuhessa (Lucía Hueza).

Editor: E Adair Z V

Corrección original: Jair Sanabria.

ISBN digital: En trámite.

Ediciones Ave Azul

aveazul.com.mx

Fb: Ediciones Ave Azul

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

CÁRCEL VS LIBERTAD	11	Confesión	62
Libertades	19	Traición	63
Libertad pasajera	21	Desconsuelo	65
Libertad I	26	Esposado	66
La indiferencia	28	Libertad III	68
 		EL OTRO LADO	69
LA VISITA	31	Recorrido	69
Libertad II	34	Volver a empezar	70
Olvido	36	Descansa	71
Nudo	38	Chismosos	72
Dolores	39	Situación	73
Cárcel	41	Callar	73
Encierro	42	Cárcel II	75
Mujeres I	44	Enfermedad	76
Mujeres II	45	Falsos amigos	77
Recorrido	46	Libertad IV	78
Película	47	 	
Sonrientes	49	EPÍLOGO	79
Mano dura	51	Cárcel III	80
Sufragio	52	Libertad V	81
 		Verdad	82
AMIGOS Y ENEMIGOS	56	Libertad VI	82
Miedo	57		
Abogado	61		
Verdad	61		

Cárcel Vs Libertad

Prólogo

¿Cómo superar el dolor de una madre al saber que su hijo irá a prisión sin saber por qué? ¿Cómo afrontar esta situación y salir triunfante? Estas preguntas probablemente se las han hecho muchas mujeres, principalmente aquellas que son madres. En un país como Colombia, hablar de prisión o cárcel se convierte en un verdadero calvario, debido a las precarias condiciones en las que viven los reclusos: hacinamiento, falta de atención médica, escases de alimentos y constante violación de los derechos humanos. En síntesis, tranquilamente se puede decir que viven en la miseria absoluta. Ahora bien, imagínense este panorama con un menor de edad. Complicado, ¿verdad?

Cárcel vs. Libertad narra la historia de Damián, un joven que por cosas del destino se vio involucrado a una temprana edad en los caminos de la delincuencia, la cárcel y la resocialización. Por su parte, su madre, en compañía de su padre y sus dos hermanas, harán lo imposible para descubrir por qué decidió escoger este oscuro camino a pesar de proceder de una familia humilde y del campo. Aspectos como la indiferencia, el olvido, el dolor, el encierro, las mujeres, el sufrimiento, el miedo, la verdad, la confesión, la justicia, la traición, el desconsuelo, el chisme, el silencio, la enfermedad, los falsos amigos, la cárcel y la libertad, se centran en esta particular historia escrita por una mamá.

Este relato de vida también entrelaza la historia con versos y poesía que hacen mucha más bella la lectura. Martha Hilda Velandia, su autora, deja en este escrito un mensaje de valor para aquellas familias que han tenido que enfrentarse a una situación como esta: aceptar, enfrentar, ayudar, superar y transformar los errores de un hijo, a pesar de las acusaciones y consecuencias que estos puedan tener. *Cárcel vs. Libertad* es sin duda un libro de vida.

Jair Sanabria

Notas sobre la edición

Pocas veces en la vida nos damos la oportunidad de ser empáticos con los demás, en especial si ante nuestros ojos, merecen un castigo ejemplar por sus acciones. De eso trata esta historia de la escritora colombiana Martha Velandia, quien, a través de una historia de vida, nos deja entrever los pesares de una madre ante las consecuencias de las acciones de sus hijos. *Cárcel Vs Libertad* es una historia que nos permite adentrarnos en su intimidad para conocer el proceso penal de un joven que tomó el camino equivocado, y que está pagando por sus acciones. Pero más allá de eso, se cuenta la historia de la madre, sus pesares e impresiones de esa vida retorcida, por la que ahora debe existir.

La narración es cruda y gentil, invocando la compasión y el respeto. En cada uno de los pasajes de la obra podemos ver los momentos clave de la historia, hasta dar por intuida una verdad que no se responde pero que se intuye. El dolor viene de las aflicciones, de la culpa, de la educación tradicional en la sociedad, y nos hace cuestionar dónde debe caer el peso de las acciones, quién es el responsable de sus actos. En todo caso, la narradora nos lleva a su lado a recordar estos oscuros momentos, que como ella misma afirma, podrían ser los de cualquier otra familia.

Desde Ave Azul, nos entusiasma poder contar con esta historia de vida, ya que nos permite reflexionar en los sentimientos desde otra piel, cuando estamos tan cómodos con la murmuración y el juicio ligero. Esta escritora colombiana se suma a nuestro catálogo con una obra un poco diferente, ya que no es una historia ficticia, y ni siquiera augura un final feliz, sino un final y punto. Los personajes de la familia ganan toda la simpatía del lector por su martirio, y se ven envueltos por la confianza de su relato; aunque no pasa lo mismo con el personaje principal, ya que como lo menciona la propia narradora, su actitud le hace perder cualquier confianza desde el espectador. Una obra interesante, catártica, y ligera, que nos hace ser un poco más humanos.

Martha Hilda Velandia González

Cárcel Vs Libertad

Martha Hilda Velandia González

Doy gracias a Dios por permitir contar esta historia de vida como ejemplo de superación personal y familiar, no siendo fácil en redactarlo.

A la editorial de Ediciones Ave Azul, de México, y a su director don Adair, y su equipo de trabajo por acogerme en su casa para poder publicar esta obra.

A mí, por darme gusto en avanzar en mi camino literario con esta nueva obra.

"Todos caemos, pocos nos levantamos, Dios la fuerza para seguir".

CÁRCEL VS LIBERTAD

EN ALGÚN LUGAR DEL MUNDO, siendo las cinco de la tarde del 8 de noviembre de 2016, me encontraba lavando los platos. Sentí en la cabeza unas pequeñas punzadas como alertándome que algo iba a suceder. En el momento no entendí por qué. Estaba con mi hijo y un amigo de él, pero no les dije nada. Aún seguían aquellos punzones. Parecían como si fueran fuertes golpes de agua cayendo sobre mi cabeza. Me toqué, pero no vi nada, sólo era la sensación de que algo raro estaba por suceder.

—*Me voy a hacer una vuelta con Edgar, ahorita en la noche, ya vengo. Edgar, de hoy no pasa. Que Dios nos ayude...*

—*¿Para dónde van?* —pregunté asombrada.

Ellos solo rieron y me dijeron:

—*Cosas nuestras. No te preocupes, mamá* —dijo tranquilo.

—*Hasta luego, señora Amanda* —se despidió de manera tranquila.

Se subieron a la moto y se marcharon.

A pesar de la conversación, seguía aquella preocupación en mi cabeza y escuchaba zumbidos en los oídos como si me estuvieran previniendo de algo raro. Recordé que, en tiempos pasados, algo parecido me había sucedido, sin embargo, como era una persona inexperta en situaciones anormales, no me di a la tarea de averiguar ni prestar la suficiente importancia a tal acontecimiento. En el fondo, estaba inquieta y me preguntaba ¿qué era ese sentimiento? Esta vez tampoco lo entendía.

Hablé con mi esposo y con mis hijas de la conversación que escuché entre mi hijo y su amigo. Sus respuestas no fueron las que esperaba: asintieron su cabeza de arriba abajo, dándome a entender que les parecía normal. No comenté nada de lo que me preocupaba, puesto que los conocía lo suficientemente y me aterrorizaba que me tildaran de desquiciada. En consecuencia, otorgué y guardé silencio.

Al pasar un par de horas lo llamamos a su celular, pero no contestó. Al no recibir ninguna respuesta, dijimos en familia: *‘Ya es mayorcito de edad, sabrá lo que hace’*. Nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones a descansar. Fue una noche muy mala para todos. Por mi parte, tuve pesadillas que no comprendía. Mi esposo estuvo dando vueltas en la cama sin conciliar sueño. Y las niñas, aunque no nos quisieron contar, las delataba aspecto físico, ya que se les veía agotadas. Al siguiente día, ya desayunando, retomamos el tema de la noche anterior, y todos coincidimos en no haber pasado una buena noche.

Las niñas se fueron para el colegio. Nosotros para el ordeño. Estando allí, justo al lado de una vaca, pulsando las ubres para sacarle la leche, una llamada inesperada hizo sonar el celular:

—*¡Aló!* —contesté inquieta.

—*Buenos días. ¿La señora Amanda?* —afirmó la voz de un hombre.

—*Sí, soy yo* —respondí asustada.

—*Le habla el Comandante Rogelio.*

—*Sí. Cuénteme, ¿en qué lo puedo ayudar?* —le dije afanada.

—*Sí, gracias. La llamo porque su hijo, Damián, ha cometido un grave delito y necesitamos que usted venga y se acerque al sitio de los hechos para que se entere.*

—*¿Qué pasó? ¿Cómo está él? ¿Dónde se encuentra?* —le pregunté al Comandante de una forma bastante acelerada y preocupada.

No sé cómo explicar ese momento tan difícil, tan patético, tan cruel, tan negro, en la piel de cualquier madre. Una saliva grande trató de pasar por mi garganta y sentí que no entraba con facilidad. Por el contrario, sentí como si se cerraran todos mis órganos, pensando en aceptar tal hecho.

—*¿Qué pasa? ¿Qué fue?* —preguntó mi esposo, estando intranquilo.

—*Espera, ya pongo el altavoz. Algo pasó con Damián* —le respondí muy ansiosa.

—*Señora, estamos en ..., para que llegue lo más pronto posible, antes de que lo lleven a la inspección de policía de la jurisdicción de ...* —dijo el Comandante con una voz que nos intimidó.

En ese momento, con tantas preguntas en la cabeza, sólo se me ocurrió decir: —*Hagan lo que tengan que hacer. Nosotros no podemos ir de inmediato porque tenemos que cumplir con el ordeño; no podemos dejar las vacas así, y no hay a quien pedirle el favor para que venga y haga nuestro oficio* — respondí resignada.

—*Bueno, señora. Traten de venir lo más pronto posible. Ya está avisada. Por lo tanto, depende de su pronta llegada. Hasta luego.*

—*Sí. Gracias. Tan pronto terminemos, voy, o vamos* — dije intranquila.

Minutos después, todo se armó en mi cabeza... Un accidente, un robo, un atraco, una riña, un muerto, un herido. No pudimos estar tranquilos mientras ordeñábamos. aceleramos el trabajo para terminar lo más pronto posible y marcharnos. Ninguno de los dos pronunció palabra. Llegamos al sitio acordado y nos encontramos con una incómoda sorpresa.

—*Tengo miedo* —le dije a mi esposo, asustada.

—*Yo también* —respondió él, pensando.

Ver un montón de policías, carros, gente alrededor que corre de un lado para el otro y nosotros en medio de ellos... No comprendíamos lo que pasaba. El corazón de ambos estaba acelerado, parecía que se fueran a salir del cuerpo. Nuestros ojos buscaban a Damián, las piernas no respondían. No sabíamos a dónde dirigirnos ni qué hacer. Uno de los tantos policías que había en el lugar nos observó y se acercó hacia nosotros.

—*Buenos días. ¿A quién buscan?*

—*Buenos días. Somos los padres de Damián. Nos llamaron para que viniéramos aquí. ¿Qué pasó? ¿Dónde lo tienen? ¿Qué hizo?* —le pregunté casi llorando.

No hubiéramos querido estar allí. No entendíamos. Estábamos tan absortos que pensábamos que ellos se habían equivocado, o que era una vil broma de nuestro hijo y sus amigos. En fin... Fue un revuelto de sentimientos que uno no desearía que a nadie le pasara.

—*A su hijo lo detuvimos en flagrancia. Intentó sacar y robar un camión de una empresa con ayuda de sus compinches; hirieron al vigilante y rompieron la puerta del depósito donde yacía el vehículo* —dijo el policía muy enojado.

Como que hubiéramos querido que la tierra se abriera y nos tragara. ¿Qué le pasó a nuestro hijo para que hubiera decidido hacer eso? ¿Con qué argumentos se iría a defender? ¿Qué hicimos para qué pasara esto? Nos llegó un sinnúmero de preguntas sin respuestas, sin comprensión. La culpabilidad nos hacía vulnerables, desechos como padres y ruines frente a la sociedad. Como que quisiéramos pagar para no estar allí. Era un sueño muy mal pagado, una trama sin sentido llena de dolor.

—¿Cómo? ¿A qué horas pasó tal cosa? — pregunté sorprendida.

—*Esta madrugada, tipo dos de la mañana, vinieron y amenazaron al guardia de seguridad, y como no los ayudó, lo amordazaron; todo el tiempo le apuntaban en la cabeza con una pistola y le decían cosas desagradables. Mientras Damián forjaba la puerta del camión, Alex, el otro muchacho, servía de campanero, y los otros miembros de la banda los estaban esperando afuera para huir con el carro. Todo esto, sin importarle si iba a ser fructífera la acción de tal delito o iba a quedar en medio de ella.*

—*¡No puede ser! ¿Qué hicimos?* —le pregunté a mi esposo.

—*Calma, Amor. Escuchemos al señor Comandante* —respondió.

—*Parece que estaba planeado por varios días atrás. Se nos hace raro que Damián y los demás supieran con exactitud dónde estaba el camión y qué tenía en él; dónde estaban las cosas y a qué horas podía entrar sin que el vigilante se persuadiera con facilidad.*

—*Pero...* —dijimos asombrados.

—*¿Qué pasó? ¿Hubo algún herido? ¿Muerto? ¿Dónde están?* — pregunté llorando.

A medida que el policía iba contando los hechos, nuestra alma se desgarraba de dolor y confusión sin saber qué más iba a argumentar; sus palabras taladraban en nuestros huesos, produciendo malestar, ganas de vomitar al conocer los detalles de lo que acababa de hacer nuestro hijo.

—*No, señora. Afortunadamente no pasó a mayores. El vigilante está asustado y con traumas de posible homicidio, pues aprovecharon que era un novato -hacía poco había ingresado a trabajar en la empresa que robaron-, y pensaron que era más fácil atacarlo a él que a otro con experiencia.*

—¿Dónde están los demás? —le pregunté.

—*Huyeron. Tal parece que el miedo les ganó y no les importó dejar a su hijo con el problema* —afirmó el policía, muy seguro.

—¿Y entonces? —indagué nuevamente.

—*Seguramente el campanero se atortoló al ver pasar la patrulla haciendo ronda por el lugar y alertó a sus compinches, y como no pudo avisarle a su otro compañero, huyó del lugar como si nada hubiera pasado.*

Me temblaba todo. Creo que a mi esposo también le ocurría lo mismo, salvo que él trataba de ocultarlo para que yo no me afanara tanto. Mi mente vagaba en el último adiós de la tarde anterior, y trataba de ser consciente de lo que hablaba el Comandante en ese preciso momento para no perder el hilo de la historia.

—*Al verse atrapado en aquel camión y no poder escapar, decidió quedarse quieto hasta que nosotros percibimos que algo andaba mal y decidimos acercarnos hasta él y verificar. Por supuesto, alguien más estaba con ellos* —continuó narrando el policía.

—¿Qué caso? ¿Qué tristeza? ¿Y...? —nos preguntamos muy ansiosos.

—*Pues evidentemente estaba alguien allí atrapado en sus propias redes y no pudo salir de allí, puesto que ese camión tenía la falla de que al abrirlo para entrar tocaba forzarlo y se debía abrir desde afuera. De hecho, no estaba quien debería abrirle en el momento adecuado y tuvo que permanecer hasta que vinimos por él. No había escapatoria alguna*—. Los dos estábamos completamente extrañados por ese comportamiento, totalmente defraudados y aniquilados por su equivocación. Un error grave ante la sociedad como cualquier otro delito de esa magnitud. Ahora, ¿cómo enfrentarlo? ¿Qué medidas tomar? —*De repente, Damián se acercó a nosotros y muy cínicamente nos saludó. Incluso se reía de sus actos. “¿Y ustedes que hacen aquí?”, preguntó asombrado. “Cuéntenos más bien, ¿usted por qué está aquí?”, le contrapregunté. Le abrimos la puerta y le preguntamos: “¿Qué hace usted ahí?”. El muy cínico responde “Nada”.*

—¿No puede ser! ¿Qué hicimos? —le dije indignada.

Desconocíamos en ese momento a quien llamábamos hijo. No podíamos creer todo lo que nos estaba relatando aquel hombre. ¿Cómo pudo

hacernos eso Damián? ¿Por qué lo hizo? ¿En qué fallamos? Uno se siente el peor ser humano en el planeta. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo defendernos? ¿Y ahora qué?, nos preguntamos muy angustiados.

—*Le abrimos la puerta, lo requisamos y lo esposamos. Llamamos a la SIJIN (Seccionales de Investigación Criminal, hoy DIJIN), entidad de seguridad, para seguir con los protocolos de captura* —afirmó el policía.

—*¿Dónde está Damián? ¿Dónde lo tienen?* —pregunté casi gritando y de muy mal genio.

—*Él está allí metido en la camioneta de Medicina Legal porque le están tomando la declaratoria de cómo sucedieron los hechos; luego, se procederá a llevarlo a la Inspección, donde será juzgado. Posteriormente, y según la condena, lo trasladarán a alguna penitenciaría según el caso que dé la jueza.*

—*Queremos verlo* —le dije ansiosa.

Aunque ya en ese momento no sabía que quería yo hacer con él. Supongo que a mi marido también le pudo haber pasado lo mismo, con la diferencia que él es más callado, no dice lo que piensa. Mientras tanto, a mí se me retorcían las vísceras de no saber qué hacer o qué decir. No sabía si lo mejor era salir corriendo y no verlo.

—*Es mejor que le saquen toda la información al joven y que él confiese a sus compinches para que le hagan una rebaja de pena, porque la lista es larga y así se va en años también.*

—*¿Por favor nos indica dónde está?* —preguntó mi marido indignado.

—*Por aquí, señores. Vengan conmigo* —indicó el policía.

—*Gracias...* —le respondimos bastante achantados.

Había varios carros y gente uniformada. Nos miraban como bichos raros y cuchicheaban, nos hacían sentir viles, como si fuéramos gusanos ante una gran águila que nos iba a devorar. Cada paso era una eternidad y nuestro corazón quería retroceder como impidiendo que nos acercáramos donde él estaba; una cosa horrible que es muy difícil de contar, aunque no quisiéramos recordar que estaba ahí. Esos sucesos que acabábamos de escuchar se desglosaban en nuestro interior.

—*Hola, Damián. ¿Cómo está?* —le pregunté.

—*Hola, papi y mami. ¿Quién los llamó?* —preguntó aturdido.

—*¿Ese es nuestro recibimiento? Damián, ¿qué pasó? ¿Por qué nos hace esto? ¿En qué te fallamos?* —le dijimos muy enojados.

—*¿A qué vinieron? ¿Qué hacen aquí?* —respondió cínicamente.

Se me pasaron muchas cosas por la cabeza y el corazón en aquel saludo tan déspota y rudo. Nosotros somos los pecadores y él el santo. No entendía su reacción. Mi esposo le dijo unas pocas palabras. Estaba herido al igual que yo. Lo bofeteó y yo sólo observaba. Se le veía en sus ojos rabia y a la vez estaba sereno, como si fuera un chiste, como si nada extraordinario hubiera ocurrido, como si estuviera soñando. Antes nosotros deberíamos darle explicaciones de por qué estábamos allí.

—*No sé para qué los llamaron. No había necesidad* —dijo Damián, muy tranquilo.

—*¿Por qué lo hiciste? ¿Acaso te faltaba algo en casa?* —lo interrogué.

—*No. No sé de qué me hablan. Es mi vida. Yo sabré lo que hago y cómo me defiendo. ¡Váyanse! No los necesito* —exclamó gritando.

—*No le hable así a sus padres. No tiene derecho. ¿Acaso ellos tienen la culpa de que hubiera tomado la mala decisión de cometer los actos que le imputan?* —dijo un policía bastante enojado.

—*Pues no. Pero vienen, me regañan y me pegan. ¿Para qué los llamaron? Yo sabré como salgo de estas* —recalcó Damián, enfurecido.

Nosotros no sabíamos qué decir ni qué hacer a tal reacción.

—*O sea, el caballero quería que vinieran, le aplaudieran lo que hizo y lo felicitaran. ¿Cómo se le ocurre? Agradezca que vinieron al llamado, en muchos casos, ni enterados quedan y nunca más los vuelven a ver. ¿Eso quiere?* —dijo indignado.

—*Pues, no. Pero...* —dijo ofendido.

Nosotros entendimos y regresamos a casa. Las lágrimas comenzaron a hacer de las suyas. Se fueron desgajando una por una hasta hundirnos en ellas. Nuestros pensamientos idos y sin querer volver a retenerlos, el corazón vacío de afecto y comprensión. Nuestro paladar seco y la garganta no aceptando una cruel realidad.

—*Los acompaño, señor y señora. Por último, permítanme llenar esta planilla con sus datos personales para el registro del caso y que sepan lo ocurrido* —dijo el policía.

—*Claro. Comprendo.*

—*Ahora, depende de lo que él declare* —afirmó el policía.

—*Hagan lo que tengan que hacer* —respondí adolorida llorando.

Todo se nos pudo haber pasado en aquel momento, pero nunca se nos pasó por la cabeza esa reacción desfavorable que tuvo nuestro hijo hacia nosotros. Antes le debemos a él la venida, por ver a qué nos llamaban con tanta insistencia y encontrarnos con tal sorpresa jamás deseada por nadie, y menos por nosotros. Era como para echarnos en la soga y morir. Como pudo, mi marido cogió la moto, nos subimos a ella y regresamos a casa con el alma hecha pedazos. No entendíamos mayor cosa, o tal vez sí, pero no queríamos aceptar nuestro error, que se veía reflejado en nuestro hijo, y no asimilábamos qué jugada era esa. Dos mudos en una moto rumbo a casa.

La mente fue creando imágenes sobre lo escuchado. Los ojos nublados de dolor, un amargo trago pasó por nuestra garganta, haciéndonos ver desfigurados y viles ante la comunidad. Tratamos de comer, pero no pudimos; la sed se apoderó de nuestra angustia y fue complacida. Tomamos y tomamos como si hubiéramos consumido un bulto de sal.

Llegaron las niñas del estudio, prestas a preguntar impacientes: —*¿Qué se supo de nuestro hermano?*

—*Lo peor, hijas mías* —les dije llorando desconsoladamente.

—*¿Qué? ¡Cuéntanos!* —dijeron ansiosas.

—*Su hermano cometió un delito, y por lo tanto debe pagar con cárcel* —les dije llorando.

—*¿Qué hizo?*

—*Intento de robo. Y lo están acusando de otras cosas que casi no entendí* —dije apenada.

—*Pues de malas por él. La vida sigue y hay que continuar con él o sin él* —dijo una de ellas, bastante enojada.

—Sí, mis amores. *Es una situación complicada y bochornosa a la vez* — dije indignada.

—*Papitos, no es culpa de ustedes. Él no quiso apreciar lo que nos han dado. Mal por él. Ahora que se cree grandecito, que él mismo vea cómo resuelve sus propios problemas, y que a nosotros nos deje sanos y no nos complique la existencia.*

—*Sí, mis amores. Gracias. Pero somos una familia, y por lo tanto debemos actuar como familia. Uno nunca sabe. ¿Qué pudo haberle pasado por la cabeza a alguno de ustedes para que tomara esa clase de decisiones?* —pregunté resignada.

—*Toca tomar con calma cualquier decisión que se tome de aquí en adelante. Tenemos que permanecer unidos y cualquier cosa contar o denunciar. No podemos confiar en nadie. Y fortalecernos con ese ser importante que es Dios.*

En la tarde recibí varias llamadas anónimas preguntando por mi hijo. Cosa que se nos hacía muy extraña. El miedo se apoderó de nosotros. En ese momento quería morir. La lista de preguntas estaba alrededor, buscando respuesta certera. Pero no encontrábamos ninguna.

Mientras tanto, al otro lado de la historia, no sabíamos qué estaba pasando con aquellos personajes involucrados en aquella escena, y desconocíamos qué podría pasar por sus pobres mentes. Para nosotros fue una noche eterna, llena de encrucijadas; para ellos, no sé... Al otro día desperté, hice mis quehaceres del hogar, me arreglé y me fui con mi marido para saber qué hicieron con Damián. Llegamos al pueblo y nos dirigimos a la estación de policía. En circunstancias como esta es cuando uno comprende a la fuerza la importancia de la libertad en el ser humano.

Libertades

Libertades que enloquecen
al que no quiere ver,
pensamientos sucios que invaden
las murallas del gran saber.

Cárcel Vs Libertad

Libertades que dificultan la riqueza,
del saber amar y responder,
del don precioso de la fortaleza
que lleva nuestro corazón por satisfacer.

Libertades que ocultan un yo
para convertirse en un títere,
el hazmerreír de uno que otro,
más tú te estás pudriendo por suerte.

Libertades que enceguecen,
confunden y desesperan,
trastornan y mortifican,
libertades, ¡malditas libertades!

Quisiera tener ese valor presente en cada acto y no prescindir de él. Estaba allí... esposado, e irradiaba tranquilidad en su rostro. Más preocupados estábamos nosotros que él mismo, a no ser que estuviera disimulando su pecado ante nosotros. No podía traspasar en su mente y su cuerpo para determinar qué le estaba pasando. Sólo lo mirábamos angustiados.

—*Buenos días, Damián. ¿Cómo amaneció?* —le preguntamos serenos.

—*Bien, bien* —respondió sonriente.

—*¿Qué le podemos traer?* —le preguntamos a uno de los policías.

—*Pueden traerle algo para desayunar porque no le hemos dado nada* —dijo con un tono de burla.

—*¡No puede ser!* —exclamé muy preocupada.

—*No traigan nada. Yo estoy bien* —dijo Damián, con tono conformista.

Únicamente se le veía en las manos una botella de agua casi vacía. Un poco despeinado. Pronto fuimos a comprarle algo. En esos casos, creo que todo padre corre a socorrer a su hijo, aunque haya cometido el peor error; sería como una ley de la naturaleza. Pues a nosotros nos pasaba eso. A pesar de que nos haya querido fallar de la peor manera, nosotros seguíamos fieles y firmes junto a él. Cuando regresamos a la estación, apenas dieron

permiso para que comiera algo porque ya lo iban a trasladar al juzgado municipal para declararlo culpable, y sabría Dios dónde debía pagar la condena. Lo subieron a la patrulla y nosotros tras él, acompañándolo en aquella sucia odisea que él mismo, consciente o inconsciente, responsable o irresponsable, dejó o permitió tejer con sus ambiciones de joven pobre, para luego pasar supuestamente de estrato social y ser adinerado.

—*¿Y ahora qué?* —dije muy triste.

—*Esperar a ver qué dicen* —dijo mi marido, achantado.

—*Tengo miedo.*

—*Invoquemos a Dios. Dios proveerá.*

La patrulla hizo un largo recorrido. Se veía gente husmeando por ahí, inquietos por saber quién era la próxima presa para desprestigiar a toda una familia. Uno siente miedo, dolor, angustia. Como que cree que está metido en una pesadilla que quiere gritar: “Yo no fui, yo no tengo la culpa”, pero hay algo que no lo permite, un velo negro tapando el camino a la luz. Como si no pudiéramos tener la cabeza y la frente en alto porque la culpa debilita, nos hace sentir poca cosa, ruines en todos los aspectos. Esas miradas de rabia nos hacían entender que éramos los culpables de lo que cometió nuestro hijo, y aun se atreven a juzgar que nosotros somos sus cómplices. Un nudo en la garganta, se quiere gritar. El sufrimiento ahoga. No se entiende qué está pasando.

Libertad pasajera

Camino dificultoso
de quien no la sabe
manejar adecuadamente
y busca en ella
lo que todo loco quiere Escapar.

Senda errada,
suicidio perfecto,
sinónimo de inmadurez,
antónimo de sometimiento,

vacilación incierta,
sin saber: ¿a dónde llegar?

—*Pueden dejar la moto aquí* —ordenó uno de los policías.

—*Gracias* —respondí.

—*Debemos esperar que salga la persona que está dentro de la oficina del juzgado para entrar.*

—*Bueno, señor. Nosotros esperamos.*

—*Gracias.*

Ellos dentro de la patrulla, nosotros en pleno rayo del sol, esperando la orden para entrar. Los demás, curioseando a ver qué podían encontrar; pasaban como si nada ocurriera, cada cual en su mundo. Mientras tanto, nosotros nos tostábamos sin saber a ciencia cierta el camino a recorrer. Tras unas horas, nos invitaron a la gran sala de audiencia: un sitio aburridor, lleno de sillas y escritorios con micrófonos. Al entrar sentí intriga, dolor, insatisfacción, miedo, amargura, un aire de injusticia y de justicia. Muchos desearían no pisar aquel sitio. En ocasiones valen más los actos que las palabras, y en otras tantas valen más las palabras:

—*Sigan y acomódense.*

—*Gracias.*

—*¿Es usted el señor Damián?* —interrogó la jueza del caso.

—*Sí señora* —afirmó.

—*Debemos esperar a que llegue la abogada de oficio para que se apersona de su situación y podamos continuar con el procedimiento* — indicó ella.

Todos en la sala no tuvimos más opción que aceptar la decisión y esperar más tiempo. Para nosotros se nos hacía un siglo la espera. Mirábamos a nuestro hijo, y él estaba fresco como si nada, como si fuera un espectador más, y todos nosotros los personajes de un circo esperando la acción. Irónico pero cierto. Hicimos una llamada a la casa y luego llegó la tan esperada abogada. De inmediato, todos a sus posiciones.

—*Damos inicio a...*

Todos en silencio escuchamos las barbaridades que la jueza mencionaba en aquel recinto en contra de Damián. Sentía que el cielo se me encima. El miedo se apoderó de mí, lloré, y mi corazón se arrugaba cada que nombraban los delitos. Me veía como si fuese una hormiga pisoteada por un elefante; creo que mi marido también lo sentía, pero callaba.

—*El señor Damián, con sus facultades intelectuales, creó y ejecutó estos delitos con sus amigos, y se le culpa por...*

—*¿Cómo? ¿Cuándo lo planeó?* —exclamé incrédula.

—*Por lo tanto, se le acusa de...*

No podía creer lo que estábamos escuchando. Más preguntas llenaban nuestras cabezas de inquietudes y hubiéramos querido no estar allí:

—*Señor Damián: ¿usted se declara inocente o culpable?*

—*Inocente* —sostuvo sin ningún reparo.

¿Cómo podía decir inocente cuando todo estaba en contra de él y todo coincidía con los sucesos dichos? Entonces, ¿qué fue lo que le aconsejó la abogada de oficio? ¿Qué estaba pasando en aquel segundo decisivo para su vida? El cielo bajó a la tierra y nos aplastó.

—*Señor Damián, por falta de pruebas y mientras se reúnen las demás declaraciones de sus compinches, será trasladado al INPEC (Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario) en espera de la audiencia* —concluyó la jueza.

—*Sí* —comprendió Damián.

La abogada estaba furiosa con él por no haber acatado la orden que ella le había dado, lo miraba con desprecio. Con aire de dominio nos miró y dijo:

—*Se le complicó la vida a este delincuente* —recalcó muy enojada.

—*No le diga así* —le dije a ella.

—*Lo digo porque lo que hizo no es de una persona pensante y responsable, sino todo lo contrario; es un hampón de la peor calaña. Y eso es su hijo* —enfaticó con soberbia y rabia.

Me provocaba cachetearla hasta cansarme, pisotearla hasta reducirla a un gusano. Me hervía la sangre de sólo verla, pero debía disimular. Como

decía mi madre: “debía cepillarla”, porque ella nos tenía en sus manos y cualquier actitud negativa de aquí para allá era fatal.

—*Entonces, ¿ahora qué sigue?* —pregunté a la abogada, desconcertada.

—*Hay que esperar la declaración de los otros delincuentes. En la próxima audiencia se conocerán los resultados* —dijo.

No sabíamos qué decir o qué preguntar. Nos daba miedo dirigirle la palabra. Parecía una ogra, la dizque abogada. Me recordaba a unas profesoras que se creen más que todas por tener un título, pero no se sabían comportar con los padres de familia. Imagínense ustedes con los pobres estudiantes. ¡Qué horror! Y nosotros queriendo saber: ¿qué estará pensando Damián de todo esto? ¿Sentiría algún remordimiento hacia nosotros? Queríamos salir de aquella oficina, que nadie estuviera a las afueras husmeando, pero no faltaba el amigo, el enemigo, el conocido, que justamente pasaba por esos lugares a esa misma hora. Yo hubiera querido desaparecer. Eso fue una agonía como madre. No quería hablar.

—*¿Para dónde se lo llevan?* —pregunté.

—*Para la estación. Toca volver mañana.*

—*¿Podemos traerle un abrigo y comida?* —dije casi suplicando.

—*No. Déjenlo que sufra. Ustedes preocupados y él fresco como lechuga.*

—*¡Por favor!* —le dije rogando.

—*Vayan, pero no se demoren* —nos ordenó el policía.

En aquel momento se me nubló el pensamiento. Mi esposo me dijo:

—*Ve a aquella tienda y cómprale algo.*

—*Bueno. Ya vengo* —le respondí, aturdida.

Llegué a la tienda. No supe qué comprarle. Un revoltijo de palabras iba y venían que yo misma no comprendía. Mi estómago grujía de hambre y sed, pero en ese momento no me importó.

—*A la orden, señora* —dijo el tendero.

—*Buenas noches.*

—*¿Qué se le ofrece?*

—*Un momento. Aún no sé qué pedir* —respondí angustiada.

De repente, llegó mi marido un poco enojado y a la vez apresurado:

—*¿Compró algo?* —me dijo con un tono de voz fuerte.

—*No.*

El tendero preguntó:

—*¿Desean algo?*

—*Sí, deme dos botellas de jugo* —dijo mi marido.

—*¿Tú quieres algo?* —me preguntó mi esposo.

—*No. No quiero comer nada* —le dije fingiendo.

Salimos de aquella tienda. No lo vimos, pero pensamos dónde estaban y nos dirigimos hacia allá. No nos permitieron verlo para despedirnos y le dejamos el avío con un policía auxiliar. Nos fuimos para la casa. Al igual que el día anterior, no se pronunció ninguna palabra. Al llegar, nuestras hijas estaban listas para interrogarnos, sin embargo, no queríamos decir nada.

—*¿Qué pasó con Damián?* —preguntaron muy intranquilas.

—*Hoy tan sólo se supo media verdad, la supuesta media verdad de su hermano. Según él, pasó esto...* —les dije muy triste.

—*Y Damián, ¿cómo está?*

—*Bien. Ayer y hoy lo hemos visto relajado. Como si nada estuviera pasando a su alrededor.*

Parecía que hubieran armado una película para nosotros y él fuera el director. Era sorprendentemente, raro y confuso a la vez, que no logramos comprender. Nos sentíamos agobiados y demacrados. Quizá muchos padres también tendrían que pasar por esas mismas actitudes, buscando una luz entre las tinieblas, el cerillo para entender qué diablos estamos haciendo aquí. En qué momento de nuestra vida dio un vuelco total.

—*¿Y qué pasó con su amigo Edgar?* —cuestionaron las chicas.

—*No sabemos. Él no estaba ahí* —les dije, pensando.

¡Pobres de mis niñas! Tampoco querían estar en aquellos corazoncitos, ni mucho menos en sus mentecitas tejiendo un montón de interrogantes. Era patético. Comimos algo y fuimos a la cama, no sin antes orar un poco. Ni las oraciones salían, como que se quedaban trabadas en mitad de la pronunciación; no le hallábamos sentido a lo que decíamos. Sólo queríamos llorar, y lloramos. Al día siguiente, se hizo la misma operación del día anterior: adelantar los oficios de la finca, preparar las energías para esperar la gran respuesta: Cárcel vs. Libertad.

Libertad I

Como pájaro pasajero
en busca de su nido,
como melodía en la guitarra,
que lleva el eco al oído.

Como fantasma que huye
tras de aquel carruaje,
como niño que busca
el más escondido juguete.

Como viento que se esfuma
tras las rejas de la inocencia,
como camino que traza el destino
de quien sabe valorar la libertad.

Para mí era patético volver a aquella sala, y aunque mi esposo no decía casi nada, yo creo que a él también le pasaba lo mismo: no querer estar en un lugar que te produce miedo. Pero no había más que hacer, sino entrar y escuchar:

—*Siendo las...* —inició la reunión. Escuchamos en silencio. Ahí estaba Damián frente a la jueza, se le veía tranquilo y un poco cansado, tal vez porque no había podido dormir bien. No lo sé..., era como si estuviera disimulando que todo estaba bajo control. Estaba muy sorprendida.

—*¿Es usted el señor Damián?* —preguntó la jueza.

—Sí, señorita.

—*Vamos a continuar con el procedimiento a tratar en este día respecto al delito cometido y las declaraciones de la pandilla...*

La abogada no sé qué le alcanzó a decir a Damián, él la escuchó y movió la cabeza como diciendo “bueno”, y con un gesto de ella le dio a entender a la jueza que siguiera con el prontuario.

—*Decimos que...* —continuó hablando.

En el instante que empezó a hablar sobre lo que la abogada había recopilado de las declaraciones, sentí que mi cuerpo desfallecía. ¿En qué momento mi hijo planeó tal barbaridad? Las tripas se me unieron, ni una gota de saliva humedecía mi sistema digestivo, ni una lágrima floreció para soltar aquel dolor que no podía explicar. Mi esposo lloró amargamente en silencio, su rostro hundido de dolor. Me dejó dinero para regresar a casa y se fue. Yo quería irme con él y a la vez quedarme en la sala. Una enorme ola de desgracia se apoderó de aquel recinto.

Nuevamente preguntan: —*Señor Damián, ¿se declara usted culpable o inocente?*

—*Inocente* —respondió con total seguridad.

Vi que no estuviera soñando. Aquella mirada de la abogada hacia mi hijo lo fulminó: “*Usted mismo se condenó, ahora aténgase a las consecuencias*”. Estaba confundida, ¿por qué decía que era inocente cuando todo estaba en contra? Las declaraciones de sus ‘aparentes’ amigos lo hundían peor, ¿entonces? La sala se oscureció. Los presentes éramos siete personas despistadas y aturcidas. Quería gritar como una mujer desaforada en busca de un abrazo de consuelo. Nadie me complació. Nadie lo comprende hasta no estar dentro de los zapatos del otro, con todo ese odio, rabia, inconformismo contra quien está alrededor de uno. Incluso se culpa a Dios por la misma existencia y ese peso de culpa que no lo deja a uno estar en paz. Es lo más horrible que un ser humano pueda pasar. Ahí estaba yo, triste y derrotada, con la mirada fija en mi hijo. Pero él sin ningún reparo, no le causaba ningún remordimiento o algo que viera uno que estaba arrepentido y que deseara gritar: “*Sálvenme*”. Lo veía tranquilo, incluso reía, a no ser que hayan sido alucinaciones mías.

—El juzgado declara que el señor Damián se declara inocente a pesar de que todas las acusaciones lo declaran culpable por hecho y coautor de estos delitos mencionados anteriormente, y la jueza pide medida de aseguramiento para él por ser peligroso para la sociedad. En la próxima audiencia, se constatará el tiempo de aprehensión y mientras tanto lo remitiré para la penitenciaría mientras se suman las pruebas de Medicina Legal.

En mi interior gritaba: ¡No!

Los policías lo cogieron, le pusieron las esposas y lo sacaron a la patrulla. Me fui detrás de ellos. Una infinita soledad me consternó hasta los huesos. Quería huir, aunque a esas horas de la noche no había tanta gente por aquel sitio, pero debía ir a la estación por la ropa y darle el adiós; por obligación me tocó recorrer medio pueblo hasta llegar allí. Mis piernas querían saltar a la velocidad de un segundo para llegar ahí y no desprenderme de mi hijo. Mi corazón sangraba.

Miré para todos los lados, una que otra persona disimulaba no saber nada o al menos no le importaba. El cielo estaba oscuro y yo me sentía la peor madre, con la cabeza llena de ideas suicidas. El frío caló mis huesos y sentí lo frágiles que somos, querer un abrazo y sin quien me lo diera, una frase de consuelo, un hombro para llorar. No los culpo, sería inconsciente juzgarlos por su forma de actuar, y no estaría en mí hacerlos quedar mal. Anhelar ese calor de humano en aquel instante me hubiera servido de mucho alivio, pero la realidad fue otra.

La indiferencia

Como cosa que atrapa los sentidos
mendigando un espacio para pasar,
destrozando los sentimientos puros
que en cada ser lleva al andar.

Como símbolo de la frialdad,
signo que mancha la libertad,
de aquel que cree en la verdad,
y más aún cuando entra en la realidad.

Martha Hilda Velandia González

Como confusión que atormenta
los pensamientos de quien ama,
sin importar el daño que fomenta,
cada vez que apareces en la vida.

Como pesadilla que arruina el sueño,
desequilibrando la balanza del amor,
soportando desaires de desconsuelo
y frustrando los sentimientos sin valor.

Como ráfaga que destruye el cuerpo,
intentando cambiar los actos,
cuando todo ya está hecho
y no podemos cambiarlo.

—*Despídase, Damián* —le dije. —*Que la virgencita y Dios me lo acompañe, hijo mío* —dije casi llorando.

—*Voy a estar bien, mami* —me respondió muy seguro.

No falta que uno de esos policías se echara a reír como si fuese una novela y rompiera aquel momento de desprendimiento materno.

—*Apúrele, vámonos ya* —dijo imponiendo su rol como policía.

—*Hasta luego, Damián* —le dije, muy adolorida.

Las sirenas de la patrulla comenzaron a sonar a todo volumen. Yo hubiera querido apagarlas de inmediato. Qué crueles son. Ese era su oficio, trasladar a personas peligrosas para la comunidad, y en aquel momento llevaban a uno. Mis piernas ya no daban más, sentí que mi cara se desfiguró, ya ni saliva tenía. Me senté en el andén hasta que apareció el bus, y me fui a casa. Ya estando allí, no sabía qué hacer y qué decir. Observé lo frágiles que somos, la impotencia de no saber cómo proceder en esos casos. Se fue despertando la furia contra Dios y el resto de gente.

—*¿Qué pasó, madre? ¿Qué dijeron?* —preguntaron las niñas.

—*A su hermano lo condenaron, irá a prisión, y toca apelar a un buen abogado para que le hagan una rebaja de pena, pero sólo si él colabora con la justicia.*

—¿Y cómo lo vio? —preguntaron.

—*Por ratos bien, por otros cabizbajo. Disimulaba estar triste. La verdad no sé.*

—*Y ahora, ¿qué?* —preguntaron preocupadas.

—*Esperar a ver qué pasa. Pedirle a Dios que nos aclare qué pasó con su hermano.*

—*Revestirnos de paciencia y sobre todo estar unidos. No podemos flaquear como familia* —concluí resignada.

¿Cómo poder dormir? Yo creo que ninguno pudo.

A la mañana siguiente, todos en sus posiciones frente a su cronograma de trabajo y estudio. Los minutos corrían y debíamos avanzar. Las murmuraciones empezaron a salir de sus madrigueras, círculo vicioso de una sociedad: no ayudan a prestar una mano amiga cuando se necesitan, pero sí están prestas en suprimir una familia entera haciéndola más vulnerable, y en ser el comidillo de aquellos que ni enterados estaban. El horror que nos hacían pasar al cruzar de un lado para el otro era tenaz. ¿Dónde estaba la misericordia que se limitaban a descuerarnos y desprestigiarnos por doquier? ¿Dónde estaba la varita mágica para desaparecernos cuando lo necesitábamos? ¿Qué pecado estábamos pagando? ¿Qué pesadilla era esta? ¿Por qué nos pasaba esto a nosotros? Las preguntas iban y venían como si fuese un gran río que se fuera a desbordar y que todo va derribando en frente; haciendo daño a una gran variedad del ecosistema y del ser humano. Y ahí, en ese justo momento, todos esos seres no saben qué pasó. El daño ya estaba hecho y ahora sólo restaba preguntarse: ¿cómo restaurar? Ahora, ¿qué vamos a responder? ¿Cómo vamos a restaurar cada herida generada por el mismo ambiente social en donde estamos rodeados? El corazón se nos arrugaba, existían muchas cosas que nos impedían avanzar, nos daba pena de nosotros mismos y queríamos morir sin dar ninguna explicación.

LA VISITA

EL AMOR DE PADRE siempre estuvo ahí bregando a que nuestro hijo estuviera bien donde se hallara. Madrugó y le habló a un hermano para que lo acompañara a ese lugar, le compró cosas y se las llevó, pero no lo dejaron entrar en ese sitio riguroso y cruel. Debía seguir los protocolos. No le iba a ser fácil entrar así como así, y si estaba de suerte, para la siguiente semana ya podía ingresar. Aunque no me quiso comentar de más, yo sabía que él estaba sufriendo. Solo me limité a abrazarlo.

—*¿Quieres hablar?* —le insistí.

—*No.*

—*De acuerdo.*

Los días transcurrían despacio y eran tormentosos. No faltaba que alguien nos señalara e hiciera malos comentarios respecto a nuestro hijo. Nosotros tratábamos de estar lo más unidos posible, tranquilos y enfocados en un solo punto: seguir adelante pese a las adversidades. Son momentos críticos, pero una fuerza interna es la que siempre nos acompañaba. Los dolores de cabeza se incrementaron y surgió la enfermedad. Cuando llegó la hora y el día de la visita, fue traumático para mí. Supongo que para mi esposo también lo era. Fuimos a verlo.

—*¿Tiene cita previa?* —le preguntó el guardia de portería.

—*Sí* —le respondió mi esposo, muy confiado.

—*Pase aquí, lo vamos a requisar.*

—*Bueno, señor.*

—*Pase a este cuarto y siéntese* —ordenó el guardia.

—*Bueno.*

—*Haga la fila y espere a que le den paso* —concluyó.

Luego, entraría, hablaría y saldría rumbo a casa como era de imaginarse, y al llegar comentó lo sucedido. Lo noté tranquilo, pero uno no deja de pensar si fue así de fácil o no. Sin embargo, cuando me tocó mi turno, si fue difícil esa entrada. Llegar y ver una fila larga de mujeres en espera de poder entrar, bolsas repletas de comida en el piso, unas con cara triste, amargas; otras estaban sonrientes, otras estaban hablando con la de al lado, otras en silencio, unas con faldas y en pantuflas, y otras como yo, en pantalón y tenis, sin aretes ni joyas, como si fuéramos lo peorcito de la sociedad, mujeres esclavas de un régimen político de aprensión. Luego de entregar la cédula, lo van llamando a uno según haya llegado. Estando allí dentro, a un paso de la puerta de salida, quisiese retroceder y no avanzar.

Los sentimientos se revuelven, se ven policías por todos lados, requisan la comida, revolviéndola toda, quizás buscando armas o droga. De nada sirve haberla empacado bien, ellos la desbaratan. Eso fue tal vez otra experiencia que me marcó la existencia: ver ese episodio con la comida calientica y recién empacada en sus cuencas. En ocasiones la devuelven, no la dejan entrar al preso, tienen una caneca grande donde depositan cuando no hay quien la reciba afuera y la guardé para llevarla a casa.

Luego mandan a que nos sentemos individualmente en una silla donde detectan alguna prenda metálica; muchas mujeres son devueltas por un cinturón, un brasier, aretes, pulseras o relojes con hebilla o en los zapatos. Después se pasa por un marco de puerta que si no lo encontró en la silla en ese marco suena. Entonces, lo más terrorífico aquel día para mí después de pasar por esas dos cosas fue otra habitación donde piden que nos sentemos diez mujeres aproximadamente en cada silla que está separada por un metro más o menos de una a la otra, y nos piden que abramos las piernas con los brazos extendidos pasando por cada una de nosotras tres perros para que nos olfateen minuciosamente por nuestras partes íntimas y el cuerpo en sí, como si fuéramos las peores delincuentes del mundo. Yo con el pavor de los perros, y más de esa raza de pastores alemanes, lloré. No podía contener mis lágrimas en ese momento y empezaba mi calvario interior. ¿Qué hice para estar yo aquí? ¿Acaso no pude educar? ¿Fui tan mala madre que no supe guiar a mi propio hijo y por mi culpa él está aquí? ¿Qué pecado estoy pagando? ¿Por qué? En medio de la turbulencia, mi ángel de la guarda estaba allí. Inmediatamente, una señora al verme tan mal me calmó. Ahí sentí la presencia amorosa de Dios mismo en persona.

—*Cállese, mi señora. Si sigue llorando la pueden sacar* —me dijo, tratándome de consolar.

—*Me siento muy mal* —le dije llorando.

—*Si la ven así, sin importar si está a un paso de entrar a ver a su familiar, la sacan. Contrólese* —dijo insistente.

Apenas me sequé los ojos, que escucho el grito de una persona. Era la compañera de al lado; el perro se le sentó al lado, ella gritó y la tuvieron que sacar. Yo estaba muy nerviosa. Luego nos pusieron en fila y nos condujeron a otro cuarto -más pequeño que el anterior- donde apenas caben dos personas. Ahí estaba una policía, que nos mandó a quitar los zapatos y las medias, nos hizo bajar los pantalones y nos obligó a desabrochar el brasier; prácticamente nos manosean, después de que los felinos hicieran lo mismo con cada una de nosotras. Me sentía sucia, despreciable, asquerosamente mal, quería vomitar, me dio mucha sed, quería bañarme. No entendía nada. ¿Qué estaba haciendo yo allí? En aquella memorable cita con el infierno, aquellas palmaditas en la cabeza y un poco reconfortada, sentía que alguien me susurraba en el oído y me decía: “*Tranquila, yo estoy contigo*”. No sabía si eran alucinaciones mías o si realmente alguien estaba ahí sorteando mi suerte.

Después de pasar por ese remolino de arbitrariedades, nos obligaron a hacer otra fila y nos mandaron a coger los cuencos de comida que llevamos y que están en la larga mesa frente a la puerta de entrada de aquel suplicio. No me creerán ustedes, de lo aturdida que estaba ya no recordaba de qué color era la bolsa donde estaba el perolito donde le llevaba el almuerzo a Damián, hasta que una señora que iba detrás de mí me dijo:

—*Acuérdese que su perolito es de color amarillo y está junto al mío que es de color verde.*

—*Gracias, señora. No recordaba. Muy amable.*

Pues claro, en aquella mesa de comida empacada los colores se parecían unos a otros, o los nervios hacían ver todo igual. Uno se confunde. Por fin abren la puerta para ver a nuestros hijos, esposos, padres, familiares, amigos, hermanos, todos listos para recibirnos. Sentí miedo, como que las piernas no me respondían, entrar y ver caras demacradas, unos peinados; unos listos para abrazar, otros reían, otros preguntaban: ¿a quién busca?

Otros con sus ojos tristes esperando tal vez a alguien, pero en su interior sabían que no era así. Era como si fuésemos la presa para ellos. Unos estaban rapados, otros tatuados, una que otra mesa alrededor, un olor nauseabundo que quise trasbocar. Temblaba de miedo, mi mente se turbó; creí desmayar hasta que mis ojos lo divisaron, él estaba muy aturdido, no creía que yo -su madre- estuviera buscándolo como si fuese una aguja en un pajar; los sentimientos se cruzaron y un abrazo nos acompañó. Quise no soltarlo, salir volando con él y desaparecer.

Ahí es cuando uno reconoce el verdadero significado de la libertad.

Libertad II

Como pájaro encerrado tras una reja
quisiese salir volando a las alturas,
como papel arrugado en la cesta.
quisiese desarrugarse para lucirse
como pensamiento vago en la mente,
quisiere compactar en la realidad.

Libertad soñadora y esclarecida,
que quisiese acampar en el mundo,
como ráfaga de viento apoderándose
de más de un pensamiento humano;
libertad triunfadora en un mundo patético
que busca liberarse del caos de la injusticia.

Nos miramos, nos abrazamos, lloramos un poco, y Damián me invitó a sentarme en aquel patio en una plancha de cemento. Cada recluso se las ingeniaba para que su visitante se sintiera lo más cómodo posible, allí pusieron una cobija como tapete, pero tocaba compartir todos apeñuscados, no teníamos el lujo de estar separados.

—*¡Mami!* —dijo emocionado.

—*Damián* —le respondí emocionada.

—*No me imaginaba verla por aquí* —me dijo contento.

—*El amor de madre me hizo venir.*

—*¿Cómo le fue con la entrada?* —me preguntó.

—*Tenaz. Damián, no se imagina lo que tuve que pasar.*

—*No lo creo. Su merced es muy exagerada* —dijo incrédulo.

Me provocaba darle una cachetada. ¿Cómo era posible que no me creyera? Le di el perolito de la comida que le traía y él contento la recibió, fue y la guardó para luego comer. Mientras tanto, los reclusos me miraban, los otros visitantes también; me sentí intimidada mientras Damián llegaba otra vez a mi lado. Yo rezaba. Alguien se acercó y me preguntó:

—*Mi señora, ¿cómo está usted?* —me dijo muy educado.

—*Bien, gracias. ¿Y usted?* —pregunté nerviosa.

—*¿A quién vino a visitar?* —me preguntó emocionado.

—*A mi hijo Damián* —dije alterada.

Se me hizo eterna la llegada de Damián, quería correr tras de él, pero no sabía para dónde cogió. Mis manos sudaban de pavor.

—*¡Ah! Él ya viene.*

—*Bueno. Gracias.*

—*¿Y él que hizo?* —preguntó. No sabía qué responderle. Ni yo misma sabía qué era real y qué era imaginario. Me quedé pensativa.

—*No sé a ciencia cierta* —le dije.

—*¿Y usted?* —le pregunté.

Damián llegó y nos presentó:

—*Mami, él es un amigo de celda. Se llama Oscar, y hace tres años llegó aquí con el delito de violación y asesinato.*

—*Mucho gusto, joven* —dije bastante impresionada.

Entre los dos me dieron la bienvenida en aquel lugar, me ofrecieron tinto, pero a pesar de la sed que tenía les di las gracias y no acepté. El tinto me ponía nerviosa, y en el estado en el que me encontraba no era bueno. Me invitaron a caminar por el único pabellón de reclusos que había en ese entonces. Unos arrinconados, otros parados, otros jugando, otros tejiendo, otros hablando. Se veía de todo.

A pesar de verlos a todos ellos en ese lugar, se sentía un ambiente de regocijo y a la vez de frialdad, puesto que muchos hombres extendían sus brazos y otros recibían abrazos de sus visitantes, al menos los distraían un poco de la amargura que se cree que pasan al estar ahí en confinamiento, y que a su vez los tranquiliza sentirse amados por sus seres queridos, mientras que otros les tocaba conformarse con las migajas del calor que dejan en aquel banquillo vacío cuando ya no están, y saben que no tienen a quien esperar o están muy lejos, o no tienen los medios suficientes para llegar allí o simplemente los abandonaron a su suerte.

Olvido

Como duele no poderte abrazar
en medio de estas cuatro paredes
vacías e inhumanas,
que muy dentro quisiera buscar
la muerte para no enloquecerme
y sentir aquellos rechazos repugnantes
de muchos que vienen a condenar.

Como duele no poderte ver,
hablar contigo unos minutos,
tal vez los más eternos pero gratificantes
momentos de dulzura y amor;
y deseando un simple susurro de cortesía
en medio de este tormentoso episodio.

Como duele que no estés aquí,
acompañándome un poco en mi triste soledad,
me has echado al más desgarrador olvido,
donde el toque de la brisa se ha esfumado,
y tan sólo ha quedado las cenizas de tu recuerdo,
añorando una comida diferente a la que nos ofrecen.
quizás una sonrisa compartida valdría más que el encierro.

Triste realidad para todos aquellos seres que, por error, equivocación, ignorancia, verraquera, con miedo o sin miedo, les tocó llegar allí. Y que

ahora ese es su hogar quieran o no. Allí deben permanecer hasta que se cumpla el período de estadía para volver a la libertad.

—*Mami, aquí hacen cositas para vender* —dijo Damián emocionado.

—*Qué bueno. Déjeme ver* —le dije.

—*Mire mi señora, le ofrezco aretes, manillas, anillos, pulseras; lo que necesite, se le trae.*

—*Gracias. ¿Y cuánto vale?* —le pregunté admirada.

—*Son \$5000. Viene el par de pulsera y anillo* —dijo con orgullo.

—*Gracias. ¿Y cómo es el pago aquí?* —le pregunté.

—*Pues le consigna a su hijo y él me paga* —dijo, para convencerme.

—*Si me decido, le envío el dinero. Gracias.*

Luego nos alejamos de ahí y le pregunté a Damián:

—*¿Y ellos cómo hacen para entrar los materiales para trabajar en esas manualidades tan bonitas?*

—*Pues aquí cuando llegamos nos abren una cuenta y nos dan un código, y si el familiar desea dejar dinero para que compremos algo fuera de lo que nos dan, pues toca pagar y se le da esa cuenta a nuestra mamá, papá o familiar de confianza para que él o ella pueda hacer las vueltas pertinentes afuera de la penitenciaría y desde allá se pueda consignar. Además, nosotros recibimos esos bonos que se trasforman en comida para unos, porque para otros lo destinan para vicio. En el caso de los materiales, los amigos o familiares lo mandan a los guardias por mensajería para su emprendimiento, y se entregan al preso.*

—*Si ve, Damián. ¿Todos esos actos que cometen ustedes en qué vienen a parar? Además, no sólo eso, también hacen sufrir a los de afuera, quienes buscan la manera de ayudarlos. Qué tristeza.*

—*Ahora, le presento el baño de nosotros. Debemos ser limpios, permanecer limpios y secos, y cada fin de semana les corresponde a dos reclusos estar pendientes de él, ya que como viene visita, debe dar buena impresión de pulcritud. Si uno no cumple con el reglamento, nos castigan. Eso mismo toca hacer con el de la habitación donde estamos. El lavadero es compartido y cada uno debe respetar el turno de aseo y de lavado.*

Había momentos donde pensaba que Damián se sentía dichoso allí y que yo estorbaba. ¿Cómo estar tan seguro de todo lo que me decía? Como si hubiera pasado las mil y una noches en aquel sitio en un abrir y cerrar de ojos que ni cuenta nos dimos. ¿Qué pasó? Hablaba con tanta seguridad y convicción que yo quedé anonadada. Luego, entramos a la pieza donde había muchos camarotes en fila desde abajo hacia arriba y de lado a lado. Quedé impresionada y me puse nerviosa.

—*¿Y no se caen?* —pregunté con un poco de miedo.

—*No, mami. Eso está bien sujeto con cuerdas y es imposible que se caiga, a no ser que pase un huracán por aquí* —respondió graciosamente.

—*¿Y cómo duermen?* —indagué.

—*De dos en dos. Uno pone los pies donde es la almohada del otro. Y cada uno se tapa con la cobija que cada uno tiene.*

Quise morir. Sentí que el paladar se pegaba a la lengua y que un gran salivón quedó atascado en la garganta. Hasta me dio un fuerte dolor de cabeza y tuve un leve mareo. Damián me cogió y me indicó dónde era su guarida. Me senté y quedé como pasmada en fracción de segundos.

—*Mami, ¿quieres tomar algo?* —me insistió.

—*Bueno. ¿Qué tiene?* —le dije aceptando las circunstancias.

—*Jugo de naranja.*

Al pasar una buena bocarada, sentí como que me quemara mi pobre garganta, hasta me atoré. Mi hijo, inmediatamente se dio cuenta y me golpeó la espalda. No entendía. ¿Qué estaba haciendo yo ahí? Como que se me hizo un nudo en la garganta, estaba confundida.

Nudo

Querer huir de aquí de inmediato
buscando rápido la puerta de salida
para escapar sin dar explicación
era un martirio definitivo.

Martha Hilda Velandia González

Intentar escabullirme entre las rejas
como el que se desliza entre los dedos,
viviendo una pesadilla sin fin
en la película peor armada.

Sobornar al guardia para correr
de los afanes internos de un preso
para refugiarse en la sala de la soledad
donde la muerte siempre está presente.

Nudo que se atraviesa en medio de la función,
pensamientos ilógicos a la razón,
rosarios de palabras sucias y vacías
que no quisiera escuchar ni perpetuar.

Fueron llegando más jóvenes para escuchar lo que Damián me decía y ayudaban a esclarecer mi pensamiento con las respuestas que recibía.

—*Aquí debemos acomodarnos como podamos* —dijo un muchacho, resignado.

Otro joven se pronunció: —*Nuestros familiares vienen y se asustan al vernos a todos como en manada, pero a la larga les toca aceptar nuestro modo de vivir; de igual manera, a nosotros nos toca igual. Al menos tenemos techo y comida.*

Un tercer joven se acercó y comentó: —*Gracias a ustedes los que vienen a visitarnos, porque son alicientes en medio de esta cruda realidad.*

No me creerán ustedes, pero de todo me dio: un malestar generalizado que no sabía qué era peor: si estar allí o mis malezas.

Dolores

Dolores que enmudecen el alma,
retorcijones de muerte,
mareos sobresaltados de ansiedad,
ojos turbios no reconocen la verdad.

Cárcel Vs Libertad

Dolores que destrozan el ser,
como remolinos trituradores que vibran
en un mundo silencioso y perdido
que busca liberarse del peor suplicio.

Dolores inmundos que desean huir
de ese cuerpo atormentado
que dejó entrar para ser fastidio
en un tiempo determinado buscando atención.

Dolores amargos, traicioneros y falsos
que invaden los sentidos humanos
trayendo desolación y malestar
enmudeciendo el pensamiento sin saber por qué.

Quería salir de ahí rápido. Sentía que iba a vomitar, sentía ganas de trasbocar encima de ellos. No toleraba la idea de verlos como piojos, unos encima de otros; aunque en ese momento se veía limpio y cada recluso tenía un ambientador que ayudaba a eliminar uno que otro gas que impulsaba alguien que estuviera pasando frente a las visitas, como nos nombraban, acto voluntario o no, pero para mi pobre nariz cada minuto que pasaba respiraba algo diferente. Muchos comían en sus respectivas camas -cambuches-. Los olores se esparcían por aquella pieza dejando un perfume nauseabundo que me hacía sentir incómoda. Internamente rezaba e imploraba a Dios que me ayudara a controlarme y que me diera fuerzas para permanecer hasta que fuera la hora de salida.

—*¿Y cómo se encaraman hasta el último piso?*— cuestioné.

—*Por las escaleras que hay en las filas, otros suben como micos de cama en cama*—. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que había escaleras. Y la forma como lo decía uno de aquellos jóvenes me causó risa al referirse como el mico.

—*¿Y a qué horas se levantan?*

—*Nos levantan a las cinco y treinta de la mañana y debemos estar listos para ducharnos. A las seis y cuarto todos debemos estar afuera para el conteo, y luego llega el desfile para recibir el desayuno...*

Eso me recordó la historia de una vieja amiga que en algún momento también me habló cuando ella estaba estudiando en un internado, allí encerrada en medio de cuatro paredes con un montón de niñas, profesores y aseadoras, con la diferencia de que ellas podían salir una vez al mes donde sus padres. Al menos podían salir de aquel lugar que para unas era como su refugio y para otras una cárcel.

Cárcel

Montones de movimientos en la sala,
gritos y llantos por doquier,
risas y engaños que traicionan
a más de uno en aquella celda.

Encerrados como ganado,
sellados para que no se escapen,
maltratados y humillados por caer
en el lodo de la insensatez de su ira.
inconscientes y frágiles a la vez,
deseando escapar de aquel tumulto
de infracciones en que han sido sometidos
y por soberbia quieren triunfar.

Me reflejaba a aquel otro episodio militar cuando un viejo amigo comentaba lo duro que era aquel entrenamiento, voluntad, disciplina y acción, para ser luego un gran policía en cualquier orden de su exigente carrera. A diferencia en que allí recibían un mejor trato en cuestión de alimento y respeto. O aquella vida religiosa a la que debe de ser sometida toda joven que tiene esa vocación de entregarse al claustro. Escuchaba murmullos en aquella habitación, pero aun así había algo dentro de mí que no quería que se acabaran esos comentarios, y por otra parte quería huir desesperadamente y no volver. Otra vez sentía esos palmoteos en mi coronilla que de algún modo me tranquilizaba.

Al menos veía que Damián se acopló bien en aquel sitio. No sabría decir si lo disimulaba o lo sentía, pero a la vez me calmaba un poco puesto que pensé que había sido muy difícil para él, que aún no podía disimularlo y

que se reflejaba en su rostro su aflicción, aunque por dentro se sentía tranquilo.

—*Damián, ¿cómo se siente?* —pregunté ansiosa.

—*Bien, bien* —respondió sereno.

—*¿De verdad?* —le insistí.

—*Sí. Aquí toca aprender a tolerarnos y ayudarnos.*

—*Sí* —dijo otro muchacho. —*Aquí nos toca como hermanitos y si no, pailas. Los fregados son tanto ustedes como nosotros.*

—*¿Por qué?* —pregunté intrigada.

—*Porque nos castigan dejándonos sin las visitas, y a ustedes los llaman para que no vengan.*

Abrí mis ojos, creo que se me veían como platos. Todo me asombraba. Admiraba a unos hombres trabajando en sus cambuches, así quise llamar a sus camas compartidas con todos sus chécheres que tenían cada uno de ellos, y ahí estaban tejiendo como arañitas, concentrados en su tejido para luego venderlo por medio de sus familiares o por algún visitante de algún otro recluso. Así se ganaban algo de dinero en medio de aquel encierro.

Encierro

Entre paredes y rejas,
vicio y trabajo,
fuerza y agotamiento
encierra un hilo de esperanza.

Entre ocio y pereza,
dolor y sufrimiento,
asperezas y enojos
hay un brillo en unos ojos.

Entre peleas y sacrificios,
humillaciones y sometimientos,
venganzas y odios
aflora un pequeño sentimiento.

Entre tejido y tejido,
lanas y agujas,
piquetazos y heridas
sobresale un buen trabajo.

Entre manos y dedos,
pies y boca, instrumentos y materiales
aparece una buena creación.

Encierro y más encierro,
silencio y aturdiciones,
mantienen un equilibrio
para no enloquecer y morir.

Obras maestras, lindísimas, caras y baratas, se acomodan al cliente, otros ni valoran su esfuerzo, lo regalan por muy poco dinero, el cual era empleado para el vicio. Sí, para el vicio.

—*¿Y cómo entran el vicio?* —seguí preguntando.

—*Pues ustedes las damas, camufladas entre sus genitales* —me contestó un joven, con total frescura.

No lo podía creer. Quedé pasmada. Mi hijo, como leyéndome el pensamiento, me dijo:

—*Muchas mujeres son detectadas por los perros. Son llevadas a la enfermería y el doctor las revisa; encuentran la mercancía; otras mujeres entran la droga por medio de la comida, por eso la revuelven, otras por los zapatos o por cualquier otra prenda de vestir que traigan, aquí son devueltas, las detienen y se hace el proceso para judicializarlas.*

—*¡No puede ser!* —dije sorprendida.

Automáticamente, recordé el episodio amargo que tuve que atravesar. Me pasó un corrientazo frío y perturbador en todo mi ser. *¡Pobre mujer!*, dije. Pero a la vez sentí rabia por ella, porque por culpa de muchas de ellas nos castigan a todas las demás y nos toca aceptar ese maltrato psicológico y físico. Porquerías de mujeres. ¿Cómo se atreven a hacer eso? De sopetón,

uno no entiende tal cosa, pero al pasar un buen tiempo, uno medio asimila la situación de esas mujeres.

Mujeres I

Mujeres inconscientes y ruines
han llegado tan bajo para complacer
a un familiar, amigo o desconocido
en cometer el más bajo impulso.

Mujeres de toda estirpe,
vanidosas, coquetas y elegantes;
vestidas de ovejita mansa
cuando su corazón sufre.

Mujeres fuertes y verracas,
que se prestan a jugar el papel
de la dama maestra del engaño,
y no razonan de su equivocación.

Mujeres villanas junto al impostor,
gobernando un imperio, el más cruel,
expertas en destruir un hogar
sin importar las consecuencias.

Sentí lástima por todas las que se prestan para cometer esos actos, impulsadas tal vez por su desesperación de ver a su familiar metido en aquel hoyo, y que tal vez juegan a ser las liberadoras de un tormentoso desequilibrio mental que están sufriendo quienes están en aquel encierro. Pensándolo bien, pudo haber pasado mucho. Es el amor de madre a hijo, de esposa a esposo, de hija a padre, de amante a amante; sólo Dios lo sabe. No puedo ni debo juzgarlas. Error gravísimo. No podría escupir para lo alto. Yo también estoy bajo la amenaza sin saber qué le deparaba a Damián y cuál sería mi amor hacia él. No quería pensar en eso, pero me aterrorizaba aceptar aquella desdicha de madres, hijas, nietas, sobrinas, amantes, que quieren borrar unos minutos, quizás horas, de sus seres queridos al estar metidos en este reclusorio. Sólo Dios lo sabe. Sólo él.

Mujeres II

Mujeres conscientes y francas
han llegado a desafiar las inclemencias del poder
para mantenerse fiel y firmes.

Mujeres de diferente clase social,
creídas, estudiosas y torpes,
listas para el matadero
cuando en su corazón llevan lo más valioso.

Mujeres sumisas y desconsoladas,
que sin lugar a duda se prestan
para armarse de valentía y vigor
y ser mulas para satisfacer a sus hijos.

Mujeres leales a un amor incierto,
buscando satisfacer un deseo,
que allí en aquella celda agoniza
por ser consolado en medio de la tragedia.

El drama de todas aquellas mujeres expertas e inexpertas que logran complacer los caprichos de quien las espera no es fácil de asimilar de primerazo y más en una situación de esas.

—*Qué historias y qué miedo* —dije muy nerviosa.

—*Sí, mami* —dijo Damián.

—*¿Y cuántos presos hay aquí?* —pregunté.

—*Somos...* —dijo mi hijo, incluyéndose...

—*¿Y todos ellos caben aquí?* —interrogué nuevamente.

—*Sí. Y a veces los nuevos, los recién llegados, les toca dormir en el suelo porque no hay cama para ellos hasta que salga uno o lo trasladen.*

Me atraganté escuchando tal cosa. Pensé en Damián. ¿Cómo escudriñar su mente y corazón para saber cómo fue su recibimiento en este lugar?

¿Cómo sería aquel recorrido? ¿Qué pudo haber pensado antes y después de entrar aquí? Las preguntas me atormentaron un buen tiempo.

Recorrido

Losas frías y fuertes,
golpeadas por la suela
que mis pies llevan
queriendo salir pronto de ahí.

Esposado como un ruin mercader,
sin poder defenderme,
atado como el peor delincuente
listo para la gran jauría.

Celdas y más celdas,
requisas y más requisas,
burlas y balbuceos del resto
que quieren devorar sin contemplación.

Pensamientos absurdos,
sentimientos bloqueados,
querer huir y no poder
buscar una luz y no hallarla.

Recorrido más largo y tétrico,
humillado y sin valor,
quisiese retroceder y no seguir;
más mi hospedaje está listo.

No sé cómo me mantuve allí. El ángel de la guarda me daba su aliento para no decaer. Luego, llegó la hora del almuerzo. Todos los presos debían estar debidamente formados en aquel patio, cada uno con su plato, vaso y utensilio, listos para recibir su alimento mientras las visitas esperábamos donde nos habían dejado.

—*Pobrecitos* —me dijo una señora, muy triste.

Yo no sabía qué decirle. Estaba tan aturdida.

—*Hummm.*

—*¿Usted de dónde es?* —me preguntó.

—*Soy de...* —le dije apresurada.

—*¿Y eso dónde queda?*

—*¿Y usted?* —pregunté.

—*Yo soy de..., a varias horas de aquí...*

—*¿A quién visita?* —siguió preguntando.

—*A mi hijo* —le dije muy triste.

—*¿Y él que hizo?* —indagó.

—*¿Qué pregunta? La verdad no sé.*

Pregunta que no quise responder. Respuesta jamás dada. Ni yo misma sabía a ciencia cierta cuál fue su delito. Ahora cómo podía responder. Tenía miedo. No sabía si ella era enemiga o no, no sabía si era cómplice de los secuaces de Damián, como lo afirmaba la abogada esa. Podía ser un complot con ellos para saber qué contestaba yo y luego salir a confesárselo a sus amigos. Quedé bloqueada por un instante.

Película

La peor película creada en la mente,
en fracción de segundos un tormento,
daños cerebrales entorpecen una idea,
haciendo que su organismo enferme.

La peor sección que limita el presente,
desórdenes mentales inicia su espectáculo,
lágrimas llenas de dolor y angustia
quisiese cerrar los ojos y no ver la crueldad.

Seres inocentes, culpables y reincidentes,
que quieren contar su historia,

pero el director les quiere hacer ver su resultado de sus malas decisiones.

Pronto llegó Damián. Menos mal. Ya estaba asustada debido a todo lo que mi mente había creado en su ausencia. Gracias a Dios ya estaba aquí.

—*¿Cómo le fue?* —le pregunté.

—*Bien, mami* —respondió contento.

—*Mire lo que nos dan* —me dijo.

—*Déjeme ver* —le comenté. Tenía mucha curiosidad.

Evidentemente, hay un tris de cada cosa. Me invitó a comer de su plato.

—*Mami, coma de aquí* —insistió.

Yo estaba que me rebotaba. No quería. Disimulé comer un poco y algo me pasó.

—*Mami, está limpio. Coma* —me dijo, llevando la cuchara a mi boca.

—*Preste a ver y usted coma de lo que le traje* —le dije, disimulando un poco mi incomodidad.

No sabría explicarles qué fue lo que me pasó al intentar consumir algo. Todo lo que había masticado me parecía amargo y sentía la garganta como si se me hubiera cerrado, no pasaba el alimento. Tomé un poco de jugo y sentí rebotarme como si de nuevo estuviera embarazada. Tenía la garganta seca y todo era amargo. Empecé a toser tanto que Damián se asustó.

—*¿Qué le pasa, mami?* —me dijo Damián, un poco preocupado.

—*No me pasa la comida. Quiero trasbocar y me da como asco.*

—*Entonces no coma de ese plato sino del que me traje* —me dijo.

—*No, no quiero. Déjelo para más tarde* —le insistí.

—*Bueno, entonces cómase este bocadillo* —me dijo mi hijo.

—*Bueno* —le respondí, pensativa.

Lo único certero de aquel episodio fue que yo lloraba con el corazón. No podía disimular que no estaba a gusto en aquel lugar y que quería salir de inmediato. Mientras tanto, contemplaba a los demás presos y visitantes,

cada uno con sus propias preocupaciones y problemas, pero sonrientes tal vez por la compañía.

Sonrientes

En medio de su triste amargura,
en su rostro una sonrisa está,
siempre atenta en disimular
aquello que está guardado en sus entrañas.

En sus mejillas rebosa su aceptación,
en aquel mundo inconforme están,
apresuradas en recibir un gesto de amor
de alguien que ha pasado por ahí.

Su cara feliz demostrando felicidad,
aprendiendo a tolerar las imperfecciones
que en este lugar encierra,
y que al paso que lleva debe seguir.

Sonriente como los payasos de circo,
aunque en su alma lleva la cruz,
demuestra que todo es pasajero
aún en medio de una absurda locura.

Por ratos miraba a Damián y me desconcertaba, pues no entendía qué era lo que le pasaba, era como si fuera una lección de Dios para mí, para él, para los dos. No lo sé. ¿Cómo era posible que mi hijo estuviera a gusto en este encerramiento? ¿Cómo era posible que no pidiera perdón por tener a la familia en un vilo de comentarios y acusaciones por culpa de él y él como si nada? ¿Cómo era posible que en tan poquito tiempo de convivir ya se sabía las historias de todos los habitantes de aquí porque sí? ¿Cómo era que también congeniaba con los guardas de seguridad? Aquel escenario no lo entendía. Hubo un momento que creía que Damián era otro hampón de la peor calaña y por lo tanto le era fácil relacionarse con sus compañeros y que yo estaba en peligro.

—Mami, él fue abogado, y por una mala diligencia en unos documentos está preso. Su condena es de muchos años, y de su familia nadie ha venido, excepto una amiga, que según él es quien no le ha fallado en venir y no lo ha desamparado desde que entró.

—¡Ah! —exclamé muy sorprendida.

—Aquel otro hombre ha matado dos mujeres, lleva aquí dos años, viene del Meta y le gusta hacer bolsos en crochet. Nadie lo viene a visitar, pero se ha ganado la confianza del amigo de cuarto y cuando vienen a verlo le traen a él también comida. Este personaje les pide el favor de que le vendan sus bolsos afuera y luego le consignan a su compañero para que este le dé lo que le corresponde.

—¿De verdad? —pregunté boquiabierta.

—Aquel otro es ciego, pero ya lo han pillado, parece que se está haciendo el ciego para que le den casa por cárcel, pero le están haciendo el respectivo chequeo a ver qué hace la juez. Él entró por violación de menores, dice que él no tuvo la culpa sino los menores que lo obligaron. La verdad, lo dudo mucho.

—Si claro. ¡Cómo no! Se cansará sin hacer nada.

—Se la pasa hablando de la biblia y sus reflexiones.

—¡Vea pues?

—¿Y usted cómo se siente? —le pregunté.

—Bien, bien...

En ese momento quería que me dijera algo, algo concreto, no con evasivas o cambiando el tema o en silencio. Hubiera deseado penetrarme en sus pensamientos, escudriñar adentro; descubrir qué piensa, qué siente. ¿Y ahora, qué? Pero no. Disimulaba estar bien o por lo menos eso me hacía creer. Mientras la familia sufría, él estaba fresco, ni un rastro de dolor o arrepentimiento. Sentí enojo. Era una lección de vida para los dos: para él, de pronto aprender a defenderse y afrontar las consecuencias de sus malos actos: y para mí, dejarlo que madure y no alcahuetearle sus caprichos cuando quiera. Recordé a un sacerdote cuando decía: *‘A los hijos hay que dejarlos que aprendan a comer mierda para que valoren lo que los padres les enseñan y no obedecen, para que sepan que la vida no es color de rosa*

porque en toda etapa de vida se sufre y el sufrimiento los hace fuertes y ahí es donde ellos aprenden a ser gente, a respetar, a valorar y a irse por el camino correcto, porque si se les da todo nunca aprenden y los fregados son ustedes como padres’.

Eso tal vez fue lo que nos pasó: mucho consentimiento, mucha alcahuetería, muchas cosas fáciles para él que no permitió que pensara, que afrontará sus propios errores, que actuará según lo que él creyera que era así, asumiendo sus propios problemas. En resumen, faltó mano dura.

Mano dura

Mano dura para comer,
mano dura para bañarse,
mano dura para cambiarse;
mano dura para estudiar.

Mano dura para arriesgarse,
mano dura para educarlo,
mano dura para enfrentarlo;
mano dura para soltarlo.

Mano dura para aceptarlo,
mano dura para trabajarlo,
mano dura para desarrollarse;
mano dura para vivir.

Todo se me hizo un mescolanza mental y estomacal.

—*Quiero ir al baño* —dije bastante afanada.

—*Bueno.*

—*Por aquí, mami. Aquí hay papel* —me indicó Damián.

—*Gracias.*

Entré en aquel cuarto y observé lo que había: un lavamanos, un inodoro, un orinal, dos duchas, un espejo grande, un olorcito no tan agradable, y salí pronto. Mi hijo estaba en la puerta como esperándome, luego me

explicó que los reclusos no pueden dejar solos a sus visitantes en los baños y que debían acompañarlos por seguridad. Sentí pavor.

Luego, recorrimos toda esa gran habitación, muchos estaban sentados, otros parados, unos agachados, otros durmiendo, otros tejiendo, otros escribiendo, otros cantando. Me sentía intrusa y a la vez anonadada por todas esas cosas bonitas que hacían. Tenía curiosidad y le pregunté a Damián:

—*¿Usted qué ha aprendido?* —le dije con mucha intriga.

—*Nada. No me gusta eso. No tengo paciencia para esas labores.*

—*Pero hay muchas cosas que se puede aprender y no todo es tejer, por ejemplo, puede hacer manillas, muñecos, cofrecitos, recordatorios.*

—*No, no me llama la atención y punto. Nada de eso* —refunfuñó.

Me provocaba darle tres trompadas. Entonces, ¿qué querrá el niño? Ver tanta creatividad que se lucían haciendo aquellos talentosos reclusos, que hubo un momento que deseé estar allí para aprender, y algo me impulsó a ir a hablar con uno de ellos. Este personaje me explicó cómo era que hacía los bolsos utilizando macramé, los nudos que hacía para los cinturones, mochilas guajiras -muchas con diseño-. Era toda una machera.

Unos lo hacían por entretenimiento, otros por necesidad, otros porque les gusta, otros por obligación, otros se dedicaban a jugar o a dormir. Luego, se acerca la hora de partir, los reclusos se apresuran a buscar entre sus cachivaches alguna tarjeta, carta u obsequio para darles a sus visitantes y estos a su vez los entregan a sus destinatarios allí afuera. Momento triste y tétrico porque uno no sabe si volveremos o ya no los encontraremos.

Sufragio

Dejarte sepultado en medio
de esta red de culpables
a cuenta de una lección de vida
es dejarte en las manos de Dios.

Rogar a Dios por tu libertad,
pidiendo que no sea tarde

Martha Hilda Velandia González

para cuando vuelva a verte
se convierte en un sufragio fúnebre.

Mi mente desorientada quisiera llevarte,
arrancar mi corazón y dejártelo,
comprar al escolta y huir fuera
una puerta nos abre un nuevo mundo.

Una tristeza amarga se apodera de mí
logrando desequilibrarme sin compasión,
sólo Dios sabe este dolor tan grande
que él se ha compadecido de mí.

Después de darnos muchos abrazos y decir unas cuantas palabras de más, todos los visitantes debíamos armar una fila en la puerta por donde entramos con las cosas que nos dieron para traer, y a ellos los mandaron también a enfilar para el conteo. Si falta alguno de ellos, no nos dejan salir. Todos juiciosos en orden. Se abre aquella puerta y yo volteo a ver a Damián con mis ojos lagrimosos, lo veo también un poco triste junto a su compañero Oscar, tratando de sonreír en medio de aquella tormenta. Luego cierran la puerta, y nos llaman por orden de lista, entregándonos nuestro documento de identificación. Finalmente, nos vamos a casa.

Salimos todas cabizbajas, tristes. Muchas agonizan por el pronto traslado de sus seres queridos a otra penitenciaría; más trabajo, más dinero, más tiempo. Pensamientos que fulminan el alma. Todas estaban aturdidas y sin ganas de seguir, y otras, como yo, estábamos a la espera de una última audiencia. Un sinsabor de ideas que lo limitan a uno y que quisiera que ya todo terminara. De regreso a casa, no restaba más que coger el bus, hacer trasbordo y llegar cansada, maltratada por el camino, triste, sin ganas de pronunciar palabra.

—*¿Cómo te fue, mujer?* —preguntó mi esposo.

—*Bien porque llegué, pero traumatizada por todo lo sucedido* —le respondí enojada.

—*Luego, ¿qué pasó?*

—*Pues si usted hubiera contado lo que realmente era pasar de la puerta principal de la calle a la entrada de la celda, hubiera sido menos traumático para mí. Pero usted se calló gran parte de ese episodio, y yo casi me muero al cruzar hasta donde estaba Damián. Fue horrible, me siento sucia y hasta que no entre a bañarme no creo que pueda descansar.*

—*Pues vaya y se baña y luego nos cuenta.*

—*Bueno.*

En la ducha, mientras me refrescaba de esa pesadilla, recordaba cada episodio que tuve que vivir y la amargura me hacía ver más poca cosa ante todos y no quería hablar. Salí de allí, ya me tenían la comida caliente sobre la mesa. Comenzamos a dialogar cada uno con sus preguntas y lo que podía les respondía tal como vi y sentí mientras estuve allí encerrada como un pequeño pájaro inocente sin saber por qué diablos lo encerraron ¿Y a cuentas de qué o para qué? Todos coincidimos en una sola cosa: Damián debía aprender a respetar y comportarse, y para algo estaba allí, para bien o para mal. Él debía enfrentar su vida, su situación y ver cómo se defiende. Me acordé del internado de mis amistades y comparé esa cárcel con un internado. Damián estaba en un internado. No el más bonito y elegante. No el más seguro, porque en todo lado hay peligro y maldad, pero allí debía aprender algo, sólo Dios lo sabía, y Damián debía comprender. Las cosas de que les hablé, como que al entrar nos marcaban como ganado, les parecieron curiosas a mis hijas, que terminaron riendo inocentemente; la forma como debían dormir y los camarotes uno tras otro desde el piso hasta el techo; los horarios de levantara y de dormir, todo ese cronograma que debían seguir, donde unos obedecían y otros no. Todos los días era la misma cosa. Debían aprender a hacer algo o si no se podían hasta enfermar de no hacer nada, o podían hasta enloquecer por el encerramiento, mientras que si tenían algo productivo en la mente pues las penas disminuían un poco y la estadía se les hacía más corta. Mi hijo todavía no iniciaba su proyecto de producción, por lo tanto, debíamos esperar a ver qué decía el abogado y qué definía la juez, y el jovencito qué deseaba seguir.

Nos acostamos tarde aquella noche porque me tocó contarles a ellas todos los pormenores de aquella visita y el recibimiento de mi hijo, y mientras mi esposo nos acompañaba y lo que se acordaba de su primera visita. Esa fue tal vez la primera vez que todos interactuamos después de

saber lo que le sucedió a Damián y que ahora debíamos resignarnos a seguir los protocolos de su proceso.

En esa semana transcurrió todo igual. Cada uno con nuestras labores diarias: el estudio, el trabajo y rezando. Debíamos mantenernos fiel y firmes como familia ante un mundo despiadado con sus malos comentarios e insultos que no faltaban. Pero Dios estaba ahí fortaleciéndonos, y nuestro ángel de la guarda también nos respaldaba en los momentos críticos. Recuerdo que una vez mi mejor amiga me dijo: *'Viejita, no sufran por Damián, el caso de él es caso perdido, para qué pagarle abogado si no tiene salvación, y además él se merece todo lo que le está pasando por mal hijo. Ustedes se desvelaron en darle lo suficiente y miren cómo les pagó'*. Yo no podía creer lo que mis oídos estaban escuchando. ¿Con qué derecho me decía tal cosa? ¿Acaso ella no era también mamá, no sentía dolor ajeno y no podía entender? Si me lo hubiera dicho otra persona tal vez no me hubiera dolido tanto como aquella vez con mi dizque mejor amiga. No comprender que esa misma situación podría incluso vivirla ella misma en algún momento. ¿Qué clase de amiga era ella? No lo entendía y empecé a odiarla. A quitarla de mi camino. Y así a muchos por su falta de caridad, de amor al prójimo, de solidaridad y comprensión. ¿Dé cuándo acá eran jueces? Aquellas personas eran tan sólo receptoras de los ecos que recibían de gente malintencionada, murmuradoras y desdichadas que no tenían oficio y se limitaban a escupir para lo alto y no se detenían en pensar ¿qué pasaría si se invirtieran los papeles en sus hogares?

AMIGOS Y ENEMIGOS

EL TIEMPO TRASCURRÍA y no se veía luces. Hasta que un día sin querer, descubrimos que Damián tenía novia, pero era menor de edad. La tenía bien guardada. A él no le convenía que nadie supiera que era menor que él, ya que era delicado y lo podían meter en problemas. Pero como estábamos tan prevenidos desconfiábamos de todos y nos daba un poco de miedo meter “las patas” con cualquiera. Dejamos que Dios se encargara de presentárnosla a nosotros y comenzar a relacionarnos con ella y su familia. Y el gran día llegó.

Una tarde sonó el celular y respondí:

—*¡Aló!* —contesté con un poco de temor.

—*¡Aló! Mi nombre es Marcela, soy amiga de su hijo, y quisiera saber si puedo ir con usted a la cárcel para visitarlo.*

No sé qué me pasó, pero otra vez se apareció aquel nudo en la garganta que a duras penas pude responder:

—*Sí, a quién necesita* —pregunté desconfiada.

—*Mire, mi nombre es Marcela, soy muy amiga de su hijo Damián, y él me dio este número para que la llamara a usted y nos pudiéramos ver juntas para ir a verlo a él. Necesito verlo* —suplicó.

—*¡Ah, bueno!* —dije, un poco desconcertada.

En aquel momento no sabía qué decirle o qué responderle. Me intranquilité porque no sabía quién era ella y si era parte del enemigo o no. Tenía miedo.

—*Pues yo pienso ir este próximo domingo. Ahí verá si nos encontramos y luego nos vamos para donde está él. ¿Le parece?* —pregunté, dudando un poco.

—*Claro que sí. Ahí estaremos* —dijo con tono alegre.

—*¿Quiénes van a ir?* —le pregunté un poco ansiosa.

—*Pues mi mamá y yo queremos ir a verlo* —confirmó.

—*Ah, ok. Allá nos vemos* —puntualicé.

Comenté en familia lo de la llamada, estábamos un poco desconfiados, pero aún se pensó en seguir el juego, un juego a ciegas que por cosas del destino se fue tejiendo en el trascurso de la estadía de Damián en la cárcel, y nosotros no sabíamos quiénes eran para entonces “sus amiguitos”, y mucho menos teníamos idea de que tuviera una amiga tan preocupada por él, que posteriormente se convirtió en su novia.

Un día a la semana, y cuando podía, Damián nos llamaba. Aproveché la ocasión y le comenté lo sucedido con aquella llamada tan repentina y curiosa. Sin embargo, él confirmó lo que Marcela me había dicho y me tranquilizó: ella es confiable. Entre mis adentros, me decía: ¿confiable en qué? La película otra vez llega de repente, una mezcla de palabras que replicaban mis oídos cuando en aquella tarde la juez proclamaba y la abogada de oficio asentía con la cabeza las llamadas repentinas silenciosas, o preguntando a Damián, los burlescos de la gente al pasar, el palmoteo en mi cabeza, imágenes por un lado y por el otro cuando fui a la cárcel. El miedo otra vez llegó a mi ser.

Miedo

La pena me destroza mis entrañas,
el miedo sacude mis sentidos,
el pavor bloquea mis pensamientos
y quiero morir para no ver.

Películas negras y tristes en mi mente,
deseando suicidarme pronto,
no ver la catástrofe que se acerca,
invade mi mundo interno.

El día del encuentro llegó. Aquella mañana y en aquel sitio donde antes nos dijimos encontrar, ahí estaba yo, esperando que llegaran ellas. Y evidentemente aparecieron al buen rato. Aunque les confieso que por

momentos quería irme, no quería esperarlas, sin embargo, algo muy dentro me decía: “Espere”. Llegaron mamá e hija, nos saludamos y cogimos camino. Estábamos un poco nerviosas. A duras penas medio entablamos conversación, lo indispensable y nada más. Les conté cómo era la entrada, a dónde debíamos ir primero y luego qué proseguía. Ellas escuchaban y comprendían. Me parecía una insensatez que Damián se relacionara sentimentalmente con una niña, podía ser su hermana, no lo entendía con claridad en ese momento. La observaba, pero trataba de no hablarle, y la madre trataba de simpatizarse conmigo. Cuando llegamos al sitio de entrada fue patético, ya que, para nuestro desconocimiento, en aquel lugar no dejaban entrar menores de edad, salvo que fuera familiar de primer grado del recluso. Pero en este caso no era así, ella era la novia y no podía entrar por la edad, no era permitido. A la madre de ella -o sea a la suegra de Damián- sí la dejaban entrar porque él ya la había anotado en la lista de visitantes. Ahora lo que seguía era incierto: ¿qué hacer con Marcela mientras salíamos?

Como cosa rara y sin pensarlo, apareció de la nada un señor con un niño, y la señora reaccionó diciéndome que era su compañero sentimental y que él podía quedarse con la muchacha mientras salíamos, pero que iban a hacer todo lo posible para hablar con un amigo policía que era amigo del señor para que la dejara entrar y al menos pudieran verse. Cosa que me impresionó mucho. Deseé estar dentro y no ver tal espectáculo que se presentaba en aquel sitio. Y como nos iban llamando a medida que íbamos llegando, yo entré a lo que me llamaron y los dejé a ellos ahí afuera. Sólo veía a la chica llorar, estaba muy desconsolada; como que no entraba en razón, ya que el Comandante le negaba la entrada. Hasta tuve lastima de ella.

—Señora, por favor dígame a Damián que lo quiero, que no me dejaron entrar, que hable con quien tenga que hablar y que me dejen entrar al menos para verlo un ratito —dijo Marcela, desconsolada.

—Bueno. Se lo diré.

—Mi señora. —me dijo la madre— Dígame al muchacho que Marcela está aquí y que voy a mirar a ver si me la dejan entrar.

—Bueno.

Entré siguiendo todo el protocolo igual que la vez anterior -incluso fue peor, ya que me requisaban por cualquier cosa y el trato de los policías no fue tan agradable-. Me sentí un poco intimidada y amargada. Cuando llegué al patio, mi hijo estaba ansioso por saber qué pasaba con Marcela. De inmediato se puso triste ya que no la dejaron entrar fácil como él creía. Todos aquellos hombres esperaban a sus visitantes, y cada vez que abrían aquella grande puerta se les veía sus ojos enérgicos y sus brazos prontos a recibir, y uno que otro triste porque sabían que nadie iría a verlos ni mucho menos a compartir un bocado de sus cuencos.

Damián estuvo todo el tiempo triste, hasta que por fin pudo entrar la suegra -ingresó en la última entrada que había porque podían entrar a medida que fueran llegando, lo apartaban a uno por grupos de diez mujeres; si se cumplía una hora en particular, la entrada se cerraba y ya nadie más podía entrar-. Su semblante le cambió al ver que ella logró ingresar. El rostro de Damián se iluminó y su ánimo se elevó. Era otro. En ese mismo instante me pregunté si Damián hubiese reaccionado igual conmigo, si hubiera pasado por ese mismo trance que ella le tocó pasar. Hasta sentí celos por ese encuentro tan emotivo.

Ella traía una vasijita con comida, la compartimos, y mi hijo guardó un poco para la noche o el calentillo en la mañana. Conversó un poco, y como yo estaba tan prevenida con ellos, me dispuse a conversar con uno que otro recluso o visitante que estaba en aquella habitación. Luego, todo trascurrió despacio y rápido a la vez, que ya era hora de partir. Nos alistamos para salir de aquel lugar. Estando allí afuera, la señora me invitó a tomar algo en alguna tienda, pero yo no quise, me sentía indispuesta y con ganas de llegar pronto a mi casa. Ellas se fueron con el señor y el niño por su lado. Al llegar a casa, comenté lo sucedido.

—¿Cómo le fue? —preguntó mi familia.

—*Bien y mal. Las señoras demoraron en llegar, también les tocó coger bus y eso retrasó la cita. Estando en la entrada del INPEC, no dejaron ingresar a la muchacha porque es menor de edad. La angustia de la madre se hizo notar mucho, ya que no sabía con quién dejar a la niña mientras entraba a ver a Damián. Yo me reflejaba en ella viéndome con mis hijas allá. Fue horrible esa experiencia. Damián estaba todo el tiempo cabizbajo y triste. Cuando salimos, no sabía si venirme con la señora y la*

hija o venirme por aparte. Sentí miedo, rabia, enojo. ¿Por qué Damián nos hace esto?

—¿Y la muchacha que decía?

—Estaba triste, angustiada, desorientada, lloriqueante.

—¿Y Damián si comió todo lo que le llevaron?

—Sí. Y dejó para compartir en la noche, porque allá guardan la comida del almuerzo; en las noches la calientan y comen para no sentir hambre después de las ocho de la noche, puesto que la cena la reparten a las tres y media de la tarde y los encierran a las cuatro en sus celdas. Les tocaba aprender a sobrevivir y convivir con todos ellos ahí. Cada uno comparte algo.

Las semanas transcurren con “normalidad” pero nadie sabe lo que la otra persona lleva a costas con su inmensa cruz. Bregamos a conseguir un buen abogado para que llevara el caso de Damián a los mejores términos, y fue un poco complicado puesto que nosotros no sabíamos que para cada caso se necesita la presencia de un profesional de esa magnitud para defenderlo. Por ejemplo, en mi caso, pensaba que cualquier abogado sabía de todos esos menesteres, pero para mi sorpresa, no. En una época era así, pero en esta época, no. Tocaba buscar un abogado penal. Pasaron muchos frente a nosotros y pedían una cantidad muy elevada de dinero para nuestro presupuesto, que pensamos que debíamos hacerle caso a mi mejor amiga: “dejar así”. Pero no podíamos dejarlo allí a la suerte, era nuestro hijo y debíamos estar con él. Había que intentarlo todo. Al fin, entre contacto y contacto, pudimos localizar uno que nos pareció muy honesto, responsable, sencillo y muy buena gente, quién nos abrió la puerta para confiar en su trabajo y nosotros arriesgarnos a confiar en sus acciones.

Después de comentarle lo sucedido, este abogado parecía tener buen carisma y honesto conocimiento, nada comparado con aquella abogada de turno que ni le podíamos hablar cuando ya nos estaba callando y mandando. Este hombre fue muy considerado, eficaz, pulcro y responsable en todo el sentido de la palabra, hasta el punto de que nosotros nos sentíamos a gusto con él, y nos volvimos los mejores amigos en medio de aquella pena que llevábamos.

Abogado

La vida nos recompensa con seres excepcionales,
un ángel en medio del camino lleno de espinas,
que nos conduce a ver otro horizonte
que nosotros enceguecidos no veíamos.

Un aliento de vida y de amor hace trascender
a otra situación completamente diferente,
y nos abre una senda donde solo la verdad
triumfa cuando todo es oscuridad.

Todo seguía igual. Las semanas pasaban de largo con todo el trajín del diario vivir, pero para nosotros se nos hacían largas y tristes. Cuando se podía íbamos a visitar a Damián; cuando no, pues no. Él debía aprender que no todo el tiempo podíamos estar junto a él porque teníamos nuestras obligaciones y compromisos que por más que nosotros quisiéramos no podía faltar. Y, por lo tanto, él vendría a ser otro preso esperando un cálido abrazo y otra comida diferente a la acostumbrada; al menos eso creía. Aunque escuchábamos por ahí que de vez en cuando iban uno o dos amigos a verlo, eso nos simpatizaba un poco y apaciguaba nuestra nostalgia al no poder ir a verlo.

En seguida, descubrimos por medio del abogado la real situación de Damián frente a sus amigotes y la acción de la cual estaba involucrado hasta la coronilla: los supuestos amigos en que Damián confiaba a ciegas y moría por ellos se convirtieron en una terrible decepción para él, ya que ellos lo echaron al agua, como vulgarmente se dice por estos lados.

Verdad

Confesando una mentira haciéndola verdad,
incrementa el odio hacia esa persona,
ignorando las graves consecuencias que trae.
Una asonada de idioteces trae destrucción.

Cárcel Vs Libertad

La verdad siempre saldrá triunfadora,
por más que cueste ocultarla,
habrá acciones que sólo demostrarán
qué tan frágiles y osados somos.

Todos querrán saber: ¿cuál será tu fin?
Una sola prueba de heroísmo,
será la causante de la magnífica acción
y todo se volverá a tu favor.

En el interrogatorio de cada uno de ellos por separado, declararon una versión diferente, dañando la reputación de Damián. Lavándose las manos, lo culparon de todo ese croquis que lo convirtieron como el autor y coautor de más de cinco delitos, y todos por un período largo. Por lo tanto, Damián estaba en peligro si no confesaba la verdad lo más pronto posible.

Confesión

Confesar la verdad no es fácil,
tratar de enmendar un error,
buscar una solución pronta
a una respuesta incierta.

Temas que salen a relucir a cada rato,
esperando el mejor resultado
para salir venciendo, triunfando
y no dejarse acribillar.

Sin embargo, dejamos trabajar al abogado y que Dios hiciera lo que estaba escrito en el libro de su destino. Nosotros no podíamos forzar nada en ese momento tan decisivo para los dos, puesto que no éramos los dueños de la vida de Damián; y si Dios permitía que estuviese pasando esto sería por algo o para algo, y no podíamos estropear la voluntad del Todopoderoso. Así estuviéramos agonizando ante esta penosa situación, que muchos no entendían y se limitaban a criticar y echar sandeces; como si se alimentara de ello.

Estábamos alertas a cualquier cosa sospechosa que tuviera relación con los implicados en aquel delito. Los ojos estaban puestos en Damián y en aquellos dos que confesaron una vil traición sin arrepentimiento y escrúpulos.

Traición

Me invitas a comer de tu plato,
para luego sacarme en cara
lo poco o mucho que me diste.
¿Acaso no te remuerde el alma?

Me invitas a seguir tu ejemplo,
poca cosa soy para ti,
que inventas unas barbaridades
para salir tú triunfando.

¿Acaso no te soy fiel?
¿Acaso perdiste tu hombría?
¿Acaso me tienes miedo?
¿Por qué me has traicionado?

Comí de tu plato, es verdad,
caí como chiquillo inocente,
más qué dices de ti
cuando eres un vil gusano.

Descubrimos por medio del abogado que todos estaban amangualados: desde el portero hasta el vigilante, todos querían un pedazo del botín. Damián un poco deslumbrado por lo que iba a recibir se dejó convencer de tan jugosa cantidad, ya que para un chico como él no le caería nada mal, pues estaba en plena adolescencia: con novia, “amigos” y jugaba a ser el joven rico, sin importarle de dónde salía el dinero. Todo era perfecto. Sin embargo, no pensaron que de tanto planearlo en alguna cosa podían caer. No todos los planes que se ejecutan salen perfectos, la mayoría quedan en el intento.

Luego de todo esto, quedábamos nosotros: el sufrimiento de la familia porque somos nosotros los únicos que estamos en las buenas y en las malas; principalmente las de nuestros hijos. Ahí ya no contamos con amigos ni compañeros, y en casos extremos ya ni novia tienen. Yo pensaba incluso que Marcela era como otras chicas, ya que desapareció tan pronto lo agarró la policía. Seguramente ya era novia de otro fulano. Todos salen escabullidos como en el pasaje bíblico donde agarraron a Jesús en el huerto de los olivos y lo condujeron a donde estaba el Sanedrín para acusarlo y Pedro lo negó tres veces. Así pasa con miles de jóvenes que se creen que se las saben todas, no aprenden a escuchar a sus superiores, no les dan la importancia suficiente para comprender y reflexionar las enseñanzas puestas por ellos. Y caen bajo, dañando la honra de sus padres y familiares que los aman, poniendo en riesgo su estabilidad emocional y física. Como que están dopados en un mundo que sólo lo crearon ellos por su cuenta y que creen que es así; y aquel que entra en ese mundo irreal de facilismo y mediocridad y no está acorde con sus ideologías, pues se ejecuta sin pensarlo.

Yo creo que ese fue nuestro error, no poner al tanto a Damián de los peligros del mundo, visualizando quiénes son los amigos reales y quiénes son los falsos; saberlos identificar y así apartarse de la manzana podrida. Tal vez fue nuestro error no hablarle con determinación en el momento adecuado, sino que lo dejamos a la suerte como si él comprendiera sin tanto repique de parte nuestra. Ya el mal estaba hecho, tocaba seguir y aprender, a pesar de que toda la familia se sentía avergonzada.

El abogado logró descifrar el acertijo creado por aquellos delincuentes después de hacer sus indagaciones. Si algo salía mal, Damián sería el responsable y debía pagar una suma considerable para cada parte afectada como fianza. Si hablaba, lo mandaban a callar o arremetían con la familia, porque ellos sabían nuestros pasos. Nuestro hijo sabía muy bien que con esa clase de personajes no se jugaba, y por intimidación o miedo o lo que hubiera sido, Damián cometió el error de seguirle el juego a esos bandidos y se quemó. Ya con las pruebas recogidas por el abogado, los testimonios, el certamen de Medicina Legal y las declaraciones de los susodichos amigotes, el abogado procedió a hacer valer su condición profesional y actuó. Nunca me quedó claro qué fue lo que sucedió, pero como detuvieron a dos de sus cómplices con un arma un año más tarde, y también confesaron, fue más sencillo para el abogado resolver la situación de

Damián. Resultaba que todos estaban coludidos, incluyendo al velador novato, por lo que no era posible cargarle toda su equivocación a mi hijo.

Tuvimos que esperar muchos meses para la última audiencia, porque ahí sí jugó el tiempo y el espacio en contra de nosotros para el reencuentro ya a las afueras de la penitenciaría. Cuando había citación, asistíamos los que debíamos estar: Damián, escoltado con dos guardianes del INPEC; el abogado; nosotros como padres; la juez y el secretario. Yo me imaginaba en ese entonces ver todo como en las películas: todo lleno. Pero no. Me preguntaba: ¿dónde están todos sus amiguitos de rumba, de trago, de fiesta? ¿Dónde está la novia? Tal vez por ser menor de edad no la hubieran dejado entrar, pero al menos que hubiera dado la cara, al menos el apoyo desde lejitos, una palabra de consuelo, pero no. ¿Dónde estaban los demás familiares de los supuestos amigos de Damián? Me desconcertaba tanta desunión de parte y parte, tanta indiferencia con el mal ajeno y tanta hipocresía alrededor.

Desconsuelo

Mi alma llora de desconsuelo,
mi corazón no entiende tanta indiferencia,
tanto egoísmo e hipocresía que hay
alrededor nuestro provoca trasbocar.

Traigo un desconsuelo letal que invade mis entrañas,
quiero morir sin dejar rastro.
la vergüenza me consume y ya mi cara palidece.
¿Dónde está mi Dios que no frena este sufrimiento?

Quisiera no vivir este desconsuelo descomunal,
botarlo lejos de un sacudón,
ir por ti hijo arrastrándote a mi lecho
sin que me digas palabra alguna: soy tu madre.

En muchas ocasiones tuvimos que devolvernos por múltiples excusas: si no era que el juez no se presentaba a la audiencia, era el secretario; se les había olvidado la citación; había trancón o sucedía un accidente en medio

del camino donde Damián tenía que pasar. Infinidad de situaciones ocurrían, el caso era que las personas llegaban tarde o simplemente no llegaban. Fue un suplicio aquellos tristes momentos y ante esos sucesos no podíamos pelear, algo nos indicaba que debíamos esperar con paciencia aquel resultado y que pronto estaría de regreso en casa.

Muchas veces alcanzábamos a encontrarnos y nosotros teníamos la necesidad de abrazarlo y ofrecerle algo de comer, sin embargo, la policía no nos lo dejaba ver. Ni que tuviéramos manifestaciones de amor hacia él. Eran episodios traumáticos. Me acuerdo de eso y me da rabia, enojo y desprecio. Eran insensibles y temerarios. ¿Tal vez tendrá hambre? ¿Tal vez tendrá sed? ¿Tal vez tendrá cansancio? ¿O miedo? Mi marido y yo nos hacíamos a cada rato estos cuestionamientos. ¿Cómo pasar un bocado de más por nuestra garganta sabiendo que nuestro hijo desearía compartir con nosotros? En pocas ocasiones, algunos agentes se compadecían de nosotros y nos permitían que le alcanzáramos algo de beber y comer. Pero sólo eso. Todo era limitado.

Esposado

Triste verte así como vil delincuente,
ante los ojos de los demás, uno más,
que ha sido cautivo de su propio egoísmo,
y que ahora todos te temen.

Hecho fuerte y desconsolador,
que destroza a más de una madre inocente,
sin saber: ¿qué fue lo que pasó?
¿Cómo indagar cuando callas?

¿Acaso te sientes héroe por tu delito?
¿Acaso no sientes un poco de pena?
¿Acaso no te avergüenza tu mala decisión?
¿Acaso crees que nos hace gracia verte así?

Mi alma se rompe al mirarte en ese estado,
esperando que vengan los ángeles y te saquen de aquí,

verte humillado detrás de esas esposas
como si fueses lo más malo del mundo.

Muchas lágrimas derramé en aquellos sitios donde tocaba estar. Yo sé que mi marido también lloró de corazón, puesto que él no es tan expresivo como lo soy yo, pero veía en su rostro el desgano y la melancolía que llevaba muy dentro. Y qué decir cuando mis hijas nos interrogaban y llegábamos a casa sin poder traer buenas noticias. Eran exhaustivo.

Recuerdo un día que nos llamó la mamá de uno de los implicados para que fuéramos a hablar con ella y su hijo. Nosotros accedimos a su petición. Resultaba que el jovencito había entrado a trabajar como velador novato, y que él había sido parte del plan de robo; pero por ser tan novato no supo cómo conducirse. Qué sorpresa cuando ella comenzó a hablar y a decir un montón de cosas donde afirmaba que su hijo era inocente y estaba traumatizado por lo sucedido y que nosotros debíamos pagar una cantidad de dinero para que ellos retiraran los cargos y así permitir que el proceso de Damián saliera más rápido. ¡Por Dios! ¿Qué era eso que estábamos escuchando? ¿Acaso ella no era madre también y no podía entender la situación? Quedamos sin pronunciar ninguna palabra, nos limitamos a escuchar sus comentarios y peticiones. Inmediatamente nos marchamos de aquel sitio y llamamos al abogado para comentarle lo sucedido. Él nos alertó y nos pidió no ceder a tales caprichos. Para el abogado, eso era prueba de que nos estaban manipulando y que evidentemente aquella gente quería dinero sin importar el sufrimiento de nosotros. Lo que realmente buscaban era dinero y ese hecho era una prueba en contra de ellos mismos. Haciendo un breve análisis, luego de tanto y recordando algunos detalles que pasaron por el camino de Damián, se llegó a la conclusión de que Damián pecó y cayó por ingenuo, confiado, y por un poco de rebeldía también. Aquellos padres de familia que querían su parte, también les tocó conformarse con lo que la ley exigía: una cantidad muy inferior a la que querían sacar. Este personaje tenía que decidir si iba a pasar al juzgado para retirar una chichigua o renunciar a recibirla, puesto que debía atravesar toda una ciudad para ir a retirar el dinero, y para él le salía más costoso ir a recibirla que recibir el monto. En otras palabras, les salió el tiro por la culata.

Cárcel Vs Libertad

Luego de que pasó todo eso, por fin se veía más cerca la salida de nuestro hijo. Damián tuvo que llenar un poco de papeles para su retiro de la cárcel. Todos nos alistamos a recibirlo. Ahí sí pasó como la parábola del hijo prodigo: nosotros con los brazos abiertos, llenos de alegría y emoción. Otra vez nuestro hijo en casa.

Libertad III

Qué bella eres libertad,
cual pájaro feliz fuera de su jaula,
libre como un pequeño gorrión;
te sentirás un héroe fuera de allí.

Vuela y vuela sin parar,
buscando a donde llegar,
recorriendo paisajes por doquier;
tu rostro ha resplandecido.

EL OTRO LADO

AQUEL DÍA fue chistoso: mientras mi esposo y una de mis hijas se fueron a encontrar con él, yo me quedé con mi otra hija preparando todo en casa para la celebración. No obstante, el niño Damián no tuvo reparo en salir con el abogado a dar vueltas. Esa actitud nos indispuso a todos nosotros. ¿Cómo era posible que ellos sabían que íbamos por él y ellos sin más salen y se pierden? No lo concebíamos. Después de pensar dónde estaban, se dirigieron a donde nosotros. Se dieron un abrazo, un saludo y se desplazaron. Mientras tanto, nosotras arreglábamos la casa, pusimos un gran letrero en medio de la sala y dejamos todo listo para la bienvenida.

Recorrido

Pisar por las calles,
ver cómo los miraban,
oler la fragancia de la mañana;
sentir un nuevo aire.

Gritar: soy libre,
dar gracias a Dios,
brincar de felicidad;
desear volver a vivir.

A pesar de la libertad de Damián, faltaba algo para que se sintiera total felicidad. Mi marido y mis hijas estaban esperando una disculpa. Él no captaba el mensaje, sólo los ignoraba. Cuando llegó a casa, toda la familia deseaba que al menos tuviera la delicadeza de pedir perdón, pero no, no fue posible escuchar aquella palabra tan deseada. Su actitud de “*importaculista*” nos aplastó, nos hizo sentir mal. Nosotros habíamos

estado con él todo el tiempo. Sin embargo, para Damián no era importante pedir perdón. Al menos no lo hacía sentir.

Recuerdo también que aquel día teníamos en la mesa la Biblia abierta y le pedimos que leyera unos textos bíblicos, entre ellos estaba la parábola del hijo prodigo. Le dijimos que la leyera y nos contara de qué se trataba. Él lo hizo, pero nada más. Ahí pensé que Damián tenía algo raro en la cabeza para que no reaccionara y nos dijera tan esperada frase. Pero no pasó nada. Nos tocó resignarnos y bajar esa tónica de “presionarlo”.

Después del almuerzo, lo primero que hizo fue quemar un poco de cosas viejas que tenía, entre ellas cartas de la exnovia antes de Marcela, la chica que conocí en el tiempo del internado como él lo llamaba. También tenía otras cosas: recuerdos, afiches, incluso ropa, papeles y cartas.

Volver a empezar

Abrir nuestros ojos para ver la penumbra,
que atraviesa nuestros sentidos pasmados,
por la soledad del tiempo y el espacio
rodeándonos de pesares y dolores sin fundamento.

Destrozar todo lo que nos hizo daño
para volver a empezar de nuevo,
rogando a Dios no volver a caer
en las garras del enemigo y fracasar.

Destruir todo aquello que nos hizo daño,
comenzar de nuevo una nueva historia,
buscar la luz en medio de la oscuridad
para emprender un nuevo horizonte.

Donde habrá manos amigas dispuestas a no soltarnos,
la experiencia nos enseñará a ser más maduros,
y nos dará el arma para no volver a caer
en la ruina y desolación del infierno.

Convidó a una de las hermanas. Mientras iba desechando y quemando todo, hizo una especie de ritual como reflexionando, tal vez para descontaminarse de todo lo que hizo o quizás para hablar con Dios por el daño causado. Realmente no sé qué podría pasarle por su mente, mientras que la hermanita sólo se limitaba a acompañarlo en silencio. Yo lo contemplaba desde la ventana. Me dio ese sentimiento de lástima, de pesar por él e ir a abrazarlo, pero me contuve. Tal vez era mi orgullo o mi ira de no aceptarlo cómo era. Estábamos esperando como familia una disculpa por su mal comportamiento, pero no pasó nada de eso. Luego del ritual, se bañó, se cambió y dijo que quería dormir un poco. Y así lo hizo.

Descansa

Ya la noche se acerca y el frío se apresura,
las sábanas aún esperan que alguien venga
y con su piel cálida las caliente
para darle una buena siesta quien la recibe.

Descansa de aquel tumulto lleno de pesadumbres,
días y noches envueltos de desvelos y ansiedades,
momentos de pesadillas y enfrentamientos
que cualquiera hubiera podido pedir la muerte.

Descansa sobre un lecho cálido y perfumado,
duerme como chiquillo tranquilo en una cuna,
mamá estará velando tu sueño. Descansa
mi ovejita descarriada buscando el mejor pasto.

Como en cualquier hogar, quedamos consternados por lo vivido ese día.

—*¿A ustedes les dijo algo por el camino a casa?*—pregunté preocupada.

—*No, en absoluto. Ni una sola palabra de ello.*

—*¿Qué le pasará a Damián qué no reacciona ni piensa en nosotros?*—
dijo una de mis hijas.

—*A mí me da mal genio. Su actitud es cómo si no hubiera pasado nada
en todo este tiempo.*

—Dejemos así un tiempo. Tal vez por la salida esté un poco aturdido y no quiere hablar respecto a aquella situación que lo avergüenza. De pronto no puede decirlo.

Todos asentimos la cabeza. Aceptamos una realidad que, aunque no comprendíamos en el momento, más adelante se entendería. Nos pusimos en el plan de Damián: simular que nada había pasado, con la excepción de que la sociedad nos lo recordaba cada vez que salíamos.

Al otro día, quise hablar sobre aquel sitio, pero mi hijo no estaba dispuesto a tocar el tema. Comprendí y callé. Para nosotros como familia no era fácil manejar ese tipo de situaciones, puesto que uno siempre está a la deriva de quien quiere hacernos daño con sus malos comentarios y hacernos quedar en ridículo, porque aquellas personas vivían del sufrimiento del otro; nos tocó por ley acostumbrarnos a lidiar con esos tipos de reacciones.

Chismosos

Su alimento preferido: el chisme,
trae y buscan chismear por donde estén,
tocan fondo dañando la reputación de todos,
sin importar que ellos también pueden caer.

Destrozan y destruyen cuanto quieran,
sin que nadie los ponga en su sitio,
su lengua parece la de un reptil,
no se cansa de descuerar hasta la madre.

Nadie les para bolas excepto quien les cree,
ignorante quien se fía de ellos por el mal ajeno,
tenga Dios misericordia de todos ellos,
un día, el menos pensado, la vida les cobrará.

Lo único malo era que cada vez que robaban algo, en algún lugar cercano a nosotros, el culpable era Damián. Y si no era él, eran sus compinches. Imagínense ustedes cómo nos sentíamos con semejantes acusaciones. Eran situaciones difíciles de sobrellevar. Muchas veces le llegaban a los oídos

de Damián y él reaccionaba mal. ¿Cómo decirles que no fui yo?, ¿cómo demostrar eso? Aquellas personas mal intencionadas eran expertas en condenar, juzgar, y no pensaban en las consecuencias de esos comentarios en nuestros oídos. Todo tenía que pasar... A nosotros únicamente nos quedaba hacer de palabras necias, oídos sordos, y no mostrarles interés. Dicho de otra forma, teníamos que pasar desapercibidos en situaciones así.

Situación

Es insólito comprender tal situación,
para quien no la ha vivido,
meterse en el fondo de la película
y luego desprenderse de la cinta.

Nadie podrá entender la magnitud
de tan inexplicable escenario,
que quisiera huir de tan fatídico
suceso que marca la vida de un ser.

Para nosotros era complicado de sobrellevar. A veces tales comentarios también nos hacían dudar, y de algún modo comenzábamos a desconfiar de Damián. Había cosas que no entendíamos a la ligera y Damián no nos las resolvía. ¿Cómo confiar en él? ¿Acaso él nos dio una respuesta significativa de lo que nosotros le interrogábamos en aquellos momentos de zozobra y confusión? De él no obtuvimos ninguna respuesta. Entonces, ¿cómo saberlo? A veces era mejor no pensar, no decir y no interrogar. La verdad era que ya teníamos miedo de preguntarle algo, ya que siempre salía con evasivas y cambiaba de tema haciéndose el furioso. Siempre buscaba incomodarnos. Decidimos entonces callar.

Callar

Cerrar bien nuestra boca para no ofender,
callar para luego no lamentar,
sellar para que no haya enfrentamientos
con paciencia debíamos proceder.

Cerrar nuestros labios al desorden,
callar para no ofender con groserías,
sellar un pensamiento con cinta adhesiva
y orar para que Alá se compadezca de todos.

No era la mejor manera de proseguir, pero nos sentíamos amenazados por la sociedad, por Damián. No sabíamos a qué atenernos. Decidimos orar, pedirle a nuestro Creador que nos ayudara a discernir, a entender este problema y saber cómo enfrentarlo sin causar tanto daño. Luego, nos revestimos de amor, comprensión, valentía, fortaleza y decidimos actuar, decidimos coger el toro por los cachos -como decía mi abuela-, y que pasara lo que tuviera que pasar. En fin... Nosotros como padres debíamos saber la verdad.

—*Damián, necesitamos que nos diga la verdad* —le dije firmemente.

—*¿A qué verdad se refieren? Yo no he hecho nada* —dijo enojado.

—*¿Usted cometió algún robo o delito?*

—*No. Yo ya aprendí mi lección. Si lo hice una vez fue por tratar de ayudar a mis “supuestos amigos” y me fue mal. ¿Cómo se les ocurre que lo volvería a intentar? Yo soy consciente del dolor causado para ustedes, y ahora, ¿cómo les voy a pagar de nuevo lo que han hecho por mí?*

—*Entonces, ¿por qué no nos ha dicho la verdad de lo que ocurrió aquel desgraciado día en que caíste como un vil delincuente?* —pregunté.

—*Ya les dije que por favor no toquen ese tema, pues eso fueron cosas del pasado que no quiero recordar y no pienso decir nada. Olvídenlo* —respondió furioso.

Como si fuera tan fácil olvidar aquel asqueroso día, aquella mañana. Perdóneme, Dios, no fue asqueroso puesto que tú hiciste los días, lo engorroso fue tomar aquella determinación sin pensarlo. El día era perfecto, hasta que algunos creyeron ser mejores de quien los gobierna y quisieron probar y en aquella prueba se quemaron. Lo lindo se volvió oscuridad.

Cárcel II

El pequeño mundo nos ahoga en su presencia,
sentimos que nos han abofeteado de la peor manera,
la crueldad nos aprisiona con frialdad en un instante
que no da tregua de defendernos y morimos.

Destrozando una pequeña vida sin contemplación,
murmuraciones tendremos hasta el final,
¿cómo escapar de esos insultos feroces
que dañan toda una reputación de una familia?

Las voces ruedan sin querer,
salen sin pedir explicación.
¿Cómo parar tal situación?
¿Y qué dirá Dios de todo esto?

¿Cómo se atreve a decir que lo olvidemos así tan fácil? No lo podíamos comprender. Pensamos, ofrecimos muchas novenas al Divino Niño Jesús, a la Virgencita, a los ángeles, para que Damián se convirtiera en una persona mejor y que se dejara guiar por nosotros. Para entonces, no queríamos más dolores de cabeza ni enfermedades por su culpa. Y digo enfermedades, porque en aquella época de su encarcelamiento yo atraje una enfermedad rara de las que llaman “huérfanas”. No tuve a quien contarle mis amarguras y dolores porque todos nos dieron la espalda, no tenía con quien desahogarme. Los médicos dijeron que era una enfermedad llamada ‘acalasia’, que fue generando la dificultad de tragar alimentos sólidos y líquido por la garganta. El psicólogo me decía que muchas de esas enfermedades eran producto de las emociones que se estaban viviendo, lo que generó una enfermedad sicosomática en mí. Por eso es indispensable hablar con alguien en el momento adecuado. Al menos eso mitiga las penas.

A veces pensamos que podemos enfrentar las crisis emocionales solos, pero no es así. A la larga todo se nos complica en la mente y no podemos discernir o controlar los nervios, y éstos hacen de las suyas en nuestro organismo.

Enfermedad

Dolores de cabeza, malestar en general,
invaden nuestro cuerpo, atrayendo males
que no podemos controlar fácil
y que vamos muriendo poco a poco.

Desórdenes mentales y psíquicos
que rondan sin parar en la imaginación,
hasta llegar a la loquera,
deseando descansar a punto de pastillas
que dopan y maltratan el pensamiento.

¿A qué juegas maldita enfermedad?
¿Quieres quitarme mi realidad
para apoderarte de mis sentidos?
Más yo quiero vivir un poco más.

¿Qué quieres de mí?
Yo quiero que no estés aquí.
¿Por qué vienes a fastidiarme?
¿Acaso eres más poderosa que Dios?

Había frases de Damián que no concordaban a mi afligido lenguaje de madre, y eso me sacaba de mis casillas. Decidimos dejarlo así, sin más interrogatorios ni presión. El tiempo se encargaría de poner todo en orden y la gente dejaría de hablar, seguramente cuando se presentara otro chisme o enredo por otro lado. Seguimos nuestras vidas.

A Damián no le fue fácil conseguir trabajo por los antecedentes que tenía, por lo tanto, sufrió y debió tener mucha paciencia para lograr que creyeran en él y le dieran una oportunidad. Cada día las deudas crecían y todos debíamos aportar lo que más se pudiera para saldar las cuentas de aquel momento. De los “amigos” no se supo nada por un buen tiempo, hasta que un día se conoció dos de ellos habían caído en sus propias redes y ahora se encontraban pagando una pequeña condena en la misma penitenciaría donde Damián estuvo. De los demás, no se supo para dónde agarraron, porque no los han vuelto a ver por los sitios donde pasaban.

Falsos amigos

¿Dónde están los que decían ser mis amigos?
¿Dónde están los que tomábamos en las fiestas?
¿Dónde están los que decían ser mi parche?
¿Acaso era mentira lo que me expresaban?

¿Cuántos como yo caímos en sus trampas?
¿Cuántos se rieron por mi desgracia?
¿Cuántos festejaron mi ruina y soledad?
Maldito aquel que ha jugado con mi honra.

¿Seré yo el gran culpable de mi desdicha?
Por mí han sufrido los seres más preciados
que Dios ha puesto frente a mis ojos,
por confiar en seres avaros como eran ustedes.

Falsos amigos, amigos ruines,
desgraciados y sin poder;
¿a qué vienen a pedir?
Pedir un bofetón sería su regalo.

Pobres mamás, pobres papás, pobres hermanos y pobre familia, por todo lo que tenían que pasar para visitar a sus queridos donde se encontraban. No es nada fácil ni bonito. Pero la vida nos enseña a valorar cada momento y a permanecer unidos como una verdadera familia, pese las adversidades. De Marcela, apenas puedo agradecer por su amor incondicional hacia mi hijo, la perseverancia de estar al menos en la lejanía, y su apoyo moral cuando el amor flaquea. De todas esas niñas que uno ve o escucha, que tan pronto pasa una situación como la de Damián, se sienten solas y salen a correr a brazos de otro; para mí era inaudito pensar que a Damián le ocurriera lo mismo. Pero me llevé una buena sorpresa, no fue así, o por lo menos así me lo dieron a entender ellos después. Uno de ellos decía:

—*Nos mandábamos cartas cuando mi mamá iba a verlo o con algún conocido que iba a ver a otro preso; se le pedía el favor de entregar los presentes que me mandaba Damián.*

—¿Y no les daba miedo que se la robaran?

—No. No señora. No todos los que van son malos.

Eso me consolaba un poco. Al menos nunca estuvo solo, ni tan triste en aquel lugar. Recuerdo que en algún momento ella me dio un pequeño, pero significativo, dinero para que lo depositáramos en la cuenta de Damián; la que le tenían allá en el *internado* para que se comprara y comiera algo. Me dio pena con ella, sin saber si eran sus ahorros de no sé cuánto tiempo, pero pudo desprenderse de ello para dárselo a él. Eso no lo hace cualquiera. O de las personas que sabían que mi hijo estaba ahí y que se acercaban a preguntar si podían entrar, pero como no estaban registradas no podían ingresar; sin embargo, le compraban pollo y lo dejaban con el guarda de turno, y ellos se lo hacían llegar después a él. Eso era otro aliciente para nosotros, aunque en esos casos uno no sabe quién fue, lo importante era que Dios ponía ángeles en el camino para que Damián comprendiera que había gente que lo apreciaba, y que de algún modo sentían lo sucedido y era tal vez una forma de hacérselo saber.

Libertad IV

Correr, reír, vivir, cantar, saltar,
mar, comprender, sentir, vibrar,
entretener, soltar, creer, jugar,
desear, bailar, imitar, brincar.

Gritar, volar, captar, distraer,
imaginar, pensar, tocar, comer,
salir, mirar, soñar, comprender,
aprender, amanecer, trabajar, resolver.

EPÍLOGO

A MIS HIJAS también les quiero dar las gracias por soportar las malas miradas que les hacían cuando no estábamos presentes, y que muy en el fondo sabía yo que las herían. Eso se reflejaba en los boletines de cada período en el colegio o en su cambio de ánimo cuando llegaban a casa. Les pido perdón, tal vez por no ser buenos padres o por sobrepasarnos en quererlos, que no nos dimos cuenta el daño que les estábamos haciendo. A mi esposo por su gran amor, su entrega total para cada uno de nosotros, y su lucha incansable por tenernos contentos en todo momento. Gracias, amor mío. A mi ángel de la guarda por acompañarme en ese laberinto maniático en que nos expuso Dios a través de Damián.

Un día se me ocurrió escribir la historia de Damián, me parecía importante contarla y al menos podría ser provechosa para quien gustara leerla y así pudiera sacar un aporte de ella. Uno no está exento a que le pasen cosas como estas. Aproveché el momento para sacarle a nuestro hijo su conclusión de cuando él estuvo ausente de nosotros en aquel sitio destinado para los rebeldes, y que en muchas ocasiones caen hombres de todo tipo: ingenuos, inocentes, culpables y demás.

—*Damián, necesito un favor* —le dije emocionada.

—*Claro, mamá. ¿Qué será?*

Le conté que estaba escribiendo una historia de vida sobre él y necesitaba que me ayudara acerca de su experiencia. Pensé que me lo iba a negar, porque en principio lo vi huraño y como que no me quería “echar la manita”. Le dije que para mí sí era importante y que no me fuera dar la espalda. Cosa rara, accedió a mi petición y tan pronto estuvo consciente de resolver mi intriga, me respondió vía WhatsApp lo siguiente:

‘Que cuando hay dinero hay muchos amigos, pero cuando no la hay, todos se olvidan de uno. Que por más fácil que parezcan las cosas, no son así. Que hay que valorar a la familia y sobre todo los esfuerzos que

hacen por uno. Y que la vida nos puede cambiar de un momento a otro sin siquiera pensarlo’.

¡Vaya respuesta! Al menos aprendió la lección y con creces; aprendió a salir adelante con la frente en alto. ¿Quién no ha cometido el más mínimo error en toda su vida para no ser perdonado y tenderle la mano para salir de ese hueco del desamparo y del pecado? Nunca reconoció ante nosotros su error, ni nos explicó lo que sucedió esa noche, o si quiera lo que estaba pensando. Pero yo creo que aprendió de lo sucedido, y que el orgullo le salió bastante caro, tanto que le causa una enorme vergüenza reconocer lo que hizo. Hoy en día, Damián y Marcela se organizaron, viven juntos, ambos trabajan y conviven felices. Mi familia permanece unida gracias a la ayuda de Dios. Aquellas palmaditas o punzadas que sentía en momentos críticos todavía permanecen en mí y he aprendido a manejarlas, es mi ángel de la guarda alertándome algo, o pidiendo prudencia para alguna situación. He aprendido a confiar más en Dios para solventar alguna circunstancia que esté atravesando. Hoy puedo decir: gracias a Dios, y gracias a mi familia. Juntos aprendimos a ver caras y corazones, y logramos identificar realmente a nuestros amigos.

En medio de la cotidianidad hay muchos conflictos entre parejas y hogares que parecieran estar en una cárcel, con controversias y pensamientos negativos que generan incertidumbre, miedo, acoso mental, arranques repentinos de huida, y muchas cosas, que en un ser humano no debería existir, y muy dentro claman libertad. Las personas con las que convivimos, lejos de entender lo que hacen, se alimentan de cargar esos platos de murmuraciones, peleando entre hermanos. Deben sufrir esa condición, por lo que es difícil tomar otras decisiones ante el desorden del mundo, donde se sienten inferiores. No se les puede entender, su sangre está contaminada.

Cárcel III

Ríos de habladurías que impacta,
sometiendo a prueba sus talentos,
incursionando sin parar
hasta caer en el abismo.

Encierro que no deja ver
la claridad de un horizonte,
donde todo es opaco y frustrante
y no logra comprender ¿por qué?

Falla de convivencia
que ha logrado desorientar
a más de un inquilino
que quisiera no estar allí.

Ahora mismo, todos nosotros vivimos en cárceles de nuestros propios comentarios, intrigas, de nuestros pensares y sentires que afloran cada vez que nos descubrimos exhaustos por algún problema -ya sea sentimental, laboral o intelectual-, y nos descubrimos atrapados.

Libertad V

La cárcel de la infelicidad ha traído desconsuelo,
lloran sin parar un sinnúmero de víctimas,
que sin saberlo fueron atrapadas por un tejido
de artimañas y trampas que alguien dejó.

Y ahora corren lágrimas de dolor,
buscando salida al desorden que generó,
queriendo escupir el veneno impuesto
que otros inyectaron para vencer.

Aquella pócima declara libertad,
para que su mundo no muera en batalla,
y quede en medio de la tormenta un herido más por lamentar.

Hacemos que nuestro organismo colapse por contradicciones, que se transforman luego en enfermedad o muerte; sin saber lo que puede ocasionar cuando lo contemos a los demás. Dentro de nosotros mismos clama la verdad.

Verdad

Verdad que intriga al despistado,
dejando una telaraña por pasar,
dudas y aciertos confrontan sin piedad,
como mandamiento sin entender.

Verdad que quisiese salir a escupir,
un tapete lleno de vainas sin entender,
propio de quien ha amasado una barbaridad,
de embustes sin control y sin peso.
Verdad que intimida al enfrentarse
con el verdugo frente a frente,
y que sin más debe arriesgarse
para despejar dudas y no exponerse.

Verdad que acondiciona nuestro ser,
esperando que algo afloje y ser libre,
libre de acusaciones y malos preceptos,
que han sido deliberados con temor.

Dentro de nuestras limitaciones está nuestro orgullo, que transforma a los demás cuando nos descubren, ya que tratamos de no salir heridos. Añoramos que terminen las pesadillas para sentirnos libres de culpa, fuera del abismo que fuimos creando.

Libertad VI

La boca se ha abierto
para sacar un puñal atravesado,
que hurga en el interior
deseando trasbocar
eliminando toda inmundicia
que ha tejido en él.

Martha Hilda Velandia González

El corazón se abrió
para deshacerse de lo impío,
buscando quien rocié
bálsamo para purificar
cada célula que fue dañada
cuando el veneno fue a parar ahí.

Y cuando el cuerpo ya ha recobrado fuerzas para volver a sentir paz y a
empezar de nuevo a encaminar otra senda, podemos decir que volvimos
otra vez a la vida y que hemos renacido a la nueva libertad.

Cárcel vs. Libertad.

Artimañas rastreras que devoran
a más de un pasajero incauto que pasa
sorteando obstáculos feroces
para luego ser comidilla.

Unos trasgreden sin fundamento,
otros desvainan sus afiladas espadas,
unos trasbocan sin compasión,
otros destruyen por complacencia.

Unos ríen de su suerte,
otros dan lástima en verlos,
unos agonizan pidiendo piedad,
otros se paran para observar.

Un complot de menesteres,
se han unido a la guerra,
todo es tumulto y discordia
ahora son cobardes.
Huyen para no ser descubiertos,
vociferando ecos de santidad,
mientras trabajan con la maldad,
husmeando a ver quién ganó.

Y ahora el récord está en salvar
a esa alma empedernida de dolor,
que por un triunfo mal ganado
ha destruido una convivencia.

Cárcel Vs Libertad

Buscando paz en su alma
para convertirse en héroe
de su propio yugo
y cambiar de rumbo.

Fortalecerá su estatus,
más nunca más arruinará
lo poco que tenía por un arrebato
que jamás debió utilizar.
Hallará paz y regocijo,
tesoro perdido
que fue hallado
después de una trilla.

Y que muy dentro añoraba dicha libertad,
libertad de caminar sin miedo,
enfrentando situaciones sin acomodamiento,
brillando en sus ojos tan anhelada apreciación.

En el fondo se siente feliz,
aquella cárcel ha desaparecido,
ahora sentirse rodeado de libertad
no tiene precio para equivocarse.

Cárcel vs. Libertad, palabras crueles,
Cárcel vs. Libertad, palabras sensatas.

Todos hemos pasado de un modo a otro a complacernos en una cárcel de negativismos, sin salir de ahí, y hemos añorado el valor de la libertad. Estar libre de ataduras en este mundo, donde muchos desean quedarse para alimentar el vicio de sus malévolos prejuicios que tenemos contra los demás. Sin importar lo que seamos, siempre estará el bichito de hacer lo correcto para encontrarnos y ser parte de la comunidad. Así no tendríamos que enfrentarnos como hermanos.

Velandia González, Martha Hilda. (Guatavita, Cundinamarca, Colombia). Empezó a escribir poesía desde los 12 años sobre diferentes temas: naturaleza, amor, Dios, etc. Le motiva expresar sus emociones y percepciones. Tiene la esperanza de publicar sus propios libros, pese a las dificultades del camino. A raíz de la pandemia participó con ITA editorial y sus cuentos infantiles fueron seleccionados; pese a todas las fallas previas.



Ha participado en otras convocatorias y eventos. Algunos de sus trabajos han sido compilados en: *Cuentos para releer, historias que quedan* (Punto y coma, 2021), *Mi profesora la del SENA* (Acid House, 2021), *Recuerdos de un ayer* (Editorial ITA, 2020), *Él* (Ave viajera, 2021), *Cambiando el ser / Sueños en blanco y negro / La sabiduría detrás del dolor / Entre cuatro paredes* (ITA, 2020-2021), *Antología de poesía hispo americana* (Editorial Harmonía, 2021, USA), *Poetizas contemporáneas* (Ediciones-APER, 2021, Argentina), *antología digital en homenaje al escritor Edwin Antonio Gaona Salinas* (2021, Ecuador). También ha participado en la página web *Ave viajera* (2021) y en la emisora *Radio Poesía Colombia* desde 2021.

Fb: Martha Hilda Velandia Gonzales



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias
Fb: Ediciones Ave Azul
www.aveazul.com.mx

Impreso en México
2021